

A close-up photograph of a woman's upper body. She has a large, detailed tattoo on her right arm, featuring intricate patterns and designs. She is holding a yellow, cylindrical object in her hands. The background is dark and out of focus.

EMMA M. GREEN

**iTú te lo
buscaste!**

Addictive  Publishing

3



EMMA M. GREEN

¡Tú te lo buscaste!

Addictive  Publishing

3

En la biblioteca:

Juegos insolentes - volumen 1

A los 15 años, él era mi peor enemigo. A los 18, mi primer amor. A los 25, nos volvemos a encontrar, por la más triste coincidencia de la vida... Sólo que se ha convertido en todo lo que más odio. Que debo vivir con él nuevamente. Que los dramas nos persiguen y que ninguno de los dos ha logrado seguir adelante.

[Pulsa para conseguir un muestra gratis](#)

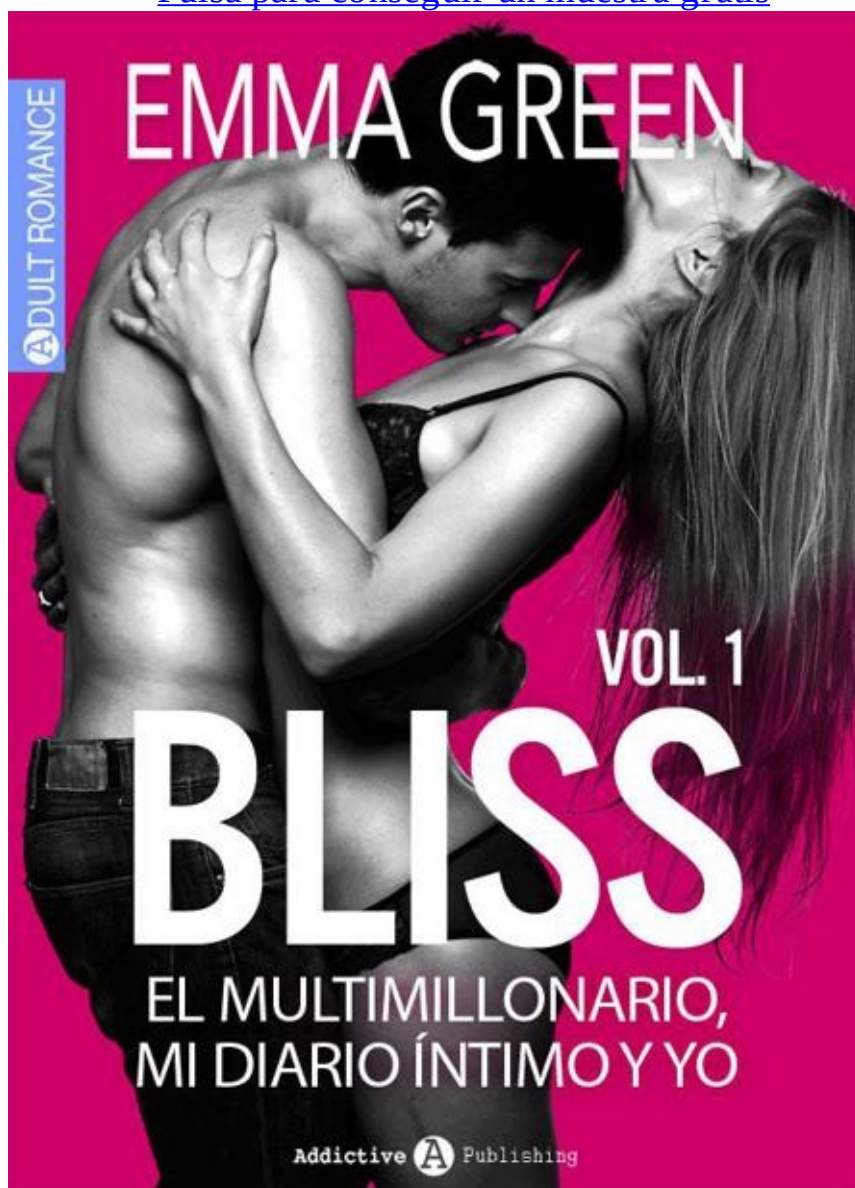


En la biblioteca:

Bliss - El multimillonario, mi diario íntimo y yo

Emma es una autora de éxito, ella crea, describe y le da vida a multimillonarios. Son bellos, jóvenes y encarnan todas las cualidades con las que una mujer puede soñar. Cuando un hermoso día se cruza con uno de verdad, debe enfrentar la realidad: ¡bello es condenarse pero con un ego sobredimensionado! Y arrogante con esto... Pero contrariamente a los príncipes azules de sus novelas, éste es muy real.

[Pulsa para conseguir un muestra gratis](#)



En la biblioteca:

Pretty Escort - Volumen 1

172 000 dólares. Es el precio de mi futuro. También el de mi libertad.

Intenté con los bancos, los trabajos ocasionales en los que las frituras te acompañan hasta la cama... Pero fue imposible reunir esa cantidad de dinero y tener tiempo de estudiar. Estaba al borde del abismo cuando Sonia me ofreció esa misteriosa tarjeta, con un rombo púrpura y un número de teléfono con letras doradas. Ella me dijo: « Conoce a Madame, le vas a caer bien, ella te ayudará... Y tu préstamo estudiantil, al igual que tu diminuto apartamento no serán más que un mal recuerdo. »

Sonia tenía razón, me sucedió lo mejor, pero también lo peor...

[Pulsa para conseguir un muestra gratis](#)



En la biblioteca:

El bebé, mi multimillonario y yo - Volumen 1

El día en el que se dirige a la entrevista de trabajo que podría cambiar su vida, Kate Marlowe está a punto de que el desconocido más irresistible robe su taxi. Con el bebé de su difunta hermana a cargo, sus deudas acumuladas y los retrasos en el pago de la renta, no puede permitir que le quiten este auto. ¡Ese trabajo es la oportunidad de su vida! Sin pensarlo, decide tomar como rehén al guapo extraño... aunque haya cierta química entre ellos.

Entre ellos, la atracción es inmediata, ardiente.

Aunque todavía no sepan que este encuentro cambiará sus vidas. Para siempre.

Todo es un contraste para la joven principiante, impulsiva y espontánea, frente al enigmático y tenebroso millonario dirigente de la agencia.

Todo... o casi todo. Pues Kate y Will están unidos por un secreto que pronto descubrirán... aunque no quieran.

[Pulsa para conseguir un muestra gratis](#)

ROSE M. BECKER

EL BEBÉ, MI MULTIMILLONARIO Y YO



Addictive  Publishing

En la biblioteca:

1000 páginas de romances eróticos

Horas de romances apasionados y eróticos Encuentre en su totalidad cerca de 1000 páginas de felicidad en las mejores series de Addictive Publishing: - Mr Fire y yo de Lucy K. Jones - Poseída de Lisa Swann - Toda tuya de Anna Chastel

[Pulsa para conseguir un muestra gratis](#)



Emma M. Green

¡Tú te lo buscaste!

Volumen 3

ZNIL_003

1. Qué tontería

Valentine

¿Por qué siento como si Nils Eriksen y mi padre se miraran con desconfianza? Hace algunos minutos, Nils me « entregó » con mi papá, después de que me volvieran a secuestrar los dos peores secuestradores del mundo. Hace tan solo algunos segundos yo todavía estaba protestando a gritos acerca de esto: « Soy tu hija y no un objeto. No le pertenezco a nadie. Mucho menos al imperio Cox ». Ahora que el silencio regresó a la inmensa sala de la villa de Santa Monica, los dos hombres no se quitan la mirada de encima. Mi madre mira a ambos, callada y sorprendida, como si estuviera viendo un partido de tenis invisible. La última vez que pasó esto, el único lazo que unía a Darren y a Nils era el de empleador y empleado. ¿Entonces por qué parecen estar debatiendo sin hablar? ¿De dónde viene esta complicidad repentina? ¿Y por qué tengo el extraño presentimiento de que están decidiendo quién me dirá primero algo? ¿O quizá quién no lo dirá?

– ¿Bueno, qué está pasando entre ustedes dos? –pregunto al fin–.

– Iba a decírtelo...–comienza Darren, dudando–.

– Si están enamorados uno del otro, sólo díganlo. No sería la primera vez que mezclas el trabajo con otras cosas– digo a mi padre, irónicamente–.

– Valentine... –contesta suspirando, como si no le hiciera gracia–.

– Hablarme por mi nombre no es buena señal. Siempre empiezan así las noticias que terminan con « tu perro murió » o « papá y mamá se van a divorciar ».

Intento ser graciosa para que el ambiente en este lugar sea más ligero y para calmar mis nervios. El vikingo esboza una sonrisa (al menos mis bromas funcionan con él), luego retrocede con pasos suaves y precisos que le permiten recargar una nalga en el brazo del sofá blanco. Al parecer, se está poniendo cómodo. Esta es otra señal que confirma mi mal presentimiento.

– Me niego a que puedas ser de nuevo víctima de otra agresión... –anuncia mi padre–.

¡Vaya! ¿Acaso su corazón de pronto empezó a latir por alguien más que no es sólo él?

– ...o a que otra cosa pueda poner en riesgo el futuro del grupo... –continúa diciendo con el mismo tono–.

¡Ay, lo siento! Estuve a punto de creer que Darren Cox era un ser humano.

– ...así es que contraté al señor Eriksen de tiempo completo...

¿Será que de pronto mi padre se está preocupando por la salud de mi vida sexual?

– ...para que sea tu guardia asignado.

¡¿QUÉ?!

– Eso nunca. ¡No lo necesito! –protesto de inmediato–.

– No es una propuesta ni una sugerencia, Valentine.

– ¡¿Pones mi vida en manos de alguien y yo no puedo decir nada?! –contesto enojada–.

– Suelo pedirte tu opinión para muchas cosas. Lo sabes bien, pero éste no es el caso. Trabajas conmigo desde hace varios años, deberías saber que...

– No estamos hablando de ti– lo interrumpo súbitamente– ¡Se trata de mi vida! Además no estamos en una reunión de negocios. Esta es la vida real. *Mi vida.*

– Me habría gustado que me hablaras de esto– se atreve a decir mi madre– También es mi hija.

– Ya tomé la decisión. No discutiré esto– declara fríamente mientras nos mira a las dos–.

– ¡Y yo no dejaré que este neandertal me siga a todos lados para que ataque a cualquier hombre que se me acerque y para que deshaga por completo mi vida privada! –grito sin atreverme a mirar a Nils–.

– Terminarás acostumbrándote. Se acaba la discusión.

Después de levantar los hombros, Darren piensa que el asunto está arreglado y se va del lugar sin decir nada más. Su huida y su cobardía me hacen gruñir de frustración mientras digo al menos una decena de groserías sin nada de recato.

– Ve a descansar, nena–murmura mi madre que al parecer está más agotada que yo–.

Después mi madre viene a darme un beso en la frente y se va de la sala dando pasos silenciosos. De inmediato volteo a ver a Nils que estuvo admirablemente impasible. A pesar de ello, creo poder percibir cierta desaprobación en su mirada tenebrosa. ¿Acaso le incomoda el ambiente general que reina en la casa de los Laine-Cox? ¿O sólo le molesta mi manera (ligeramente ingrata) de llamarlo por otro nombre?

– Lamento haber dicho « neandertal » –me disculpo un poco apenada–.

– Neandertal, cromañón, salvaje... Ya me estoy acostumbrando–me contesta con un tono medio amigable e indiferente–.

No es justo. ¡Los sobrenombres que se dicen durante el sexo no cuentan!

¿Estará pensando lo mismo que yo... ?

– No tengo nada en tu contra– le explico para decir algo en vez de quedarme parada mirándolo–.

– OK– asiente simplemente con su voz ronca y grave–.

– Es solo que detesto los métodos dictatoriales de mi padre– insisto una vez más– No quiero que mi vida se me escape de las manos... Me gusta mucho ser libre.

– Lo sé.

Me exaspera su rostro completamente impasible, su tono neutro, su manera de estar en completa tranquilidad y el hecho de que entienda perfectamente quién soy. Estamos muy lejos de la perfección en cuanto a nuestra nueva situación. Creo que es muy mala idea que esté pasando esto, si consideramos que nos acostamos cada vez que tenemos que dormir más o menos juntos y que no podemos siquiera hacer un trayecto en auto sin que terminemos peleando. En mi cabeza se encienden muchos focos rojos: no quiero que Nils Eriksen sea mi *bodyguard*, mucho menos que se vuelva un empleado en el grupo Cox, y no quiero siquiera que su simple presencia esté en mi vida.

Quizá sólo como mi compañero sexual, pero no quiero que obtenga los otros dos puestos.

No tengo la obligación de sacar este tipo de conclusiones ni siquiera en mi cabeza. Me conformo con comportarme como princesa cansada y desesperada, sólo para molestar al interesado principal:

– Bueno, lo que quiero ahora es ir a tomar una ducha larga y muy caliente, con la puerta del baño cerrada con llave, antes de elegir mi ropa. Quiero ponerme algo que no parezca ropa deportiva ajustada ni una camiseta tres tallas más grande. Eso es todo lo que pido.

El rubio colosal podría irse (y es justo lo que le acabo de proponer) pero se queda inmóvil, recargado sobre el brazo del sofá, como si esperara a que yo me moviera para seguirme. Parece como si estuviera terriblemente seguro de él, como si dominara la situación, pero también parece ser completamente indiferente con lo que lo rodea. Incluyéndome. Parece como si a Nils Eriksen nada lo impresionara. Es por ello que lo admiro y lo envidio. Nuestras miradas se cruzan silenciosamente, demasiado tiempo, y su gris acero termina poniéndome nerviosa.

– No me digas que tu contrato empieza desde ahora... –digo suspirando–.

– Ayer que vine a buscarte no lo hice sólo para volver a ver tu lindo trasero... –contesta con su voz grave–.

Mientras dice esto, sus iris translúcidos se pierden en mi cadera, como si estuvieran buscando ver mi trasero del otro lado, como si pudieran atravesar mi cuerpo.

OK, quizá si puedan hacerlo...

– ¿Y pensabas decírmelo cuando te encontrara escondido bajo mi cama? –replico–.

– Prefiero estar *sobre* las camas en vez de abajo de ellas– declara con una sonrisa en los ojos–.

– No siempre tú decides eso– le contesto–.

– No es lo que yo recuerdo en la última noche.

Un punto para él.

Orgulloso de su última respuesta, Nils me mira enfurecer mientras desliza su enorme mano bajo la manga de su camisa blanca (quizá lo hace para rascarse la espalda, o quizá para recordarme donde encajé mis uñas hace no mucho tiempo...). Como siempre tiene una respuesta para todo y no estoy de humor para jugar a esto (¡y mucho menos para perder varias veces...), decido exagerar un poco. Después de todo, se lo buscó.

– No creo que compartir mi cama sea parte de tu nuevo trabajo. Y si mi padre también te paga para eso, entonces para mí no eres un guardia. A menos de que quieras agregar una sección de « gigoló » en tu CV...

– Al contrario de Cox, a mí no me gusta mezclar el trabajo con otras cosas– replica con su tono serio–.

Creo que ese es otro punto para él...

– Menos mal– afirmo sin dejar de mirarlo–.

– Esperaré afuera. Avísame si sales.

Puede seguir soñando que lo haré. A partir de ahora vamos a jugar a otra cosa. El juego se llama « Atrápame si puedes ». Luego de una ducha y de ponerme un pantalón formal, me encuentro al volante de mi Comet rojo, en dirección a la torre Cox. Tengo ganas de ponerme a trabajar lo más rápido posible para pensar en otra cosa y para probarle a mi padre que esto no es suficiente para desestabilizarme. Obviamente, no le dije al vikingo que vendría aquí y salí discretamente de la villa por una puerta secreta.

Me siento orgullosa de mí misma cuando subo al ascensor y hasta saludo con cierta felicidad (casi con júbilo) a Becca, Lewis y a todas las personas que me encuentro en el largo pasillo concurrido que lleva hasta mi oficina. Ni toda la fortuna de Darren Cox, ni los músculos de Nils Eriksen van a impedirme vivir mi vida como yo quiero.

Azoto la puerta con un golpe de cadera enérgico y me sobresalto cuando descubro la silueta viril que obstruye casi toda la ventana de mi oficina. El cuerpo de Apolo me da la espalda. Es una estatua griega perfectamente inmóvil. Su piel clara y pura es como de piedra, pero su presencia, su carisma, la fuerza que emana de su cuerpo está muy viva. Es humana. Sobrehumana. Logro distinguir el final de un tatuaje negro que sale por su camisa color claro, a la altura de la nuca, y ese detalle me mata. No tengo palabras. Su voz rocallosa dice al fin:

– Astuta pero no muy rápida.

– ¿Cómo supis...?

De pronto se voltea, rápida y ágilmente. Yo interrumpo mi pregunta estúpida.

– La próxima vez que quieras escapar de alguien, evita hacerlo en un auto convertible rojo–.

– ¿Porque puede ser que estés cerca en tu hummer caqui que se está deshaciendo? ¡Te vi a tres kilómetros de distancia! –le miento–.

– Podrías ser buena huyendo, pero mentir no es lo tuyo... – murmura con su voz viril–.

– Tengo trabajo– contesto abriéndole la puerta de mi oficina– ¿Quieres que te acompañe a la salida?

– Conozco el camino– dice sonriendo–.

– Bonita tarde –digo regresándole la sonrisa, para ser irónica–.

– Una última cosa– dice cuando está en el marco de la puerta, con los ojos clavados en los míos– Quizá podría hartarme de estarte persiguiendo. Esta fue la última vez. Mi trabajo es cuidar de ti. Eso incluye hacerlo en el ascensor y en los pasillos de esta horrible torre. También en las calles concurridas de Los Angeles. Y, sobre todo, aunque tú no lo quieras, te voy a seguir de cerca, Valentine Laine, así que no pierdas tu tiempo complicando mi trabajo. Te cansarás antes que yo. Y recuerda: esto no es un juego. Me están pagando para esto.

Su mandíbula de iceberg y sus ojos color hielo me ponen la piel de gallina. Detesto las palabras que salen de su boca pálida y sensual. No me gusta nada su tono autoritario y amenazador, pero debo admitir que sabe cómo sonar convincente. Y con la gracia de un felino, el oso polar desaparece antes de que yo encuentre algo inteligente para responderle.

Aunque en mi contra, nos acostumbramos poco a poco a nuestra cohabitación forzada en la semana siguiente. En realidad, no tengo otra elección. Como bien lo prometió, el vikingo me sigue a todos lados y a cualquiera de mis destinos: a las citas con mis clientes, al viaje de negocios de dos días en Seattle, a hacer las compras al supermercado, a las cenas profesionales, a las clases deportivas con Aïna... *Él* siempre está allí.

En el avión, en la oficina o en la banda de la caminadora, siempre tengo la sensación de que alguien me observa desde lejos. Me doy cuenta de que Nils intenta ser lo más discreto posible pero sigue siendo un poco incómodo.

Y embriagante, enloquecedor, seductor, excitante... y muchas otras cosas.

Ayyy...

Además, me quejo de esto seguido (y él finge no escucharme). A veces bromea (y yo finjo que no me hace gracia). Evidentemente, yo me tardo un poco más en adaptarme pero siempre terminamos llegando a un acuerdo. En el hotel, Nils va automáticamente a dormir en la habitación que está junto a la mía, en vez de que compartamos la misma pieza. En mi apartamento, compartimos el mismo baño pero mandamos a traer un segundo refrigerador para evitar que él vacíe el mío. ¡La última vez, apenas habían pasado tres días desde que me entregaron a domicilio mis compras para dos semanas y ya no tenía nada que comer!

A pesar de que se comporta como bestia salvaje, Nil respeta mi entorno. Siempre es sorprendentemente silencioso y ordenado. Ni una sola vez he tenido que decirle que baje la tapa del WC, que cambie el rollo de papel de baño o que tire a la basura la botella de leche vacía. Me cuesta trabajo admitir que el neandertal es un poco más evolucionado de lo que pensaba. Y cocina divinamente bien... Mi horno de microondas no ha tocado ni un solo platillo instantáneo desde que mi compañero de piso llegó aquí. Aunque, por otro lado, mis ensaladeras nunca se habían usado tanto. Para Nils esos recipientes sólo son pequeños tazones donde bebe medio litro de café en la mañana y medio litro de chocolate caliente a las 4 de la tarde.

La primera vez que lo sorprendí sentado a la mesa, en la cocina, un sábado por la tarde, frente a un emparedado de crema de maní, no pude evitar burlarme:

– Pero qué lindo... Nils Eriksen sigue siendo un gran niño.

Me deja hablar y se toma su tiempo para masticar antes de tragar el enorme bocado que dejó un gran hueco en el pan de mesa. Intento no mirar sus labios glotones ni su poderosa mandíbula (que no tiene nada de infantil) y sigo burlándome, sólo para evitar un silencio largo o un momento de sensualidad.

– ¿De pronto sentiste nostalgia? ¿Necesitabas un bocadillo para sentirte mejor? ¿Qué extrañas más, tu casa o tu muñeco de felpa? –pregunto haciendo una mueca de tristeza–.

No sé por qué empiezo a actuar como la típica chica molesta en el patio de la escuela. Sólo quería desestabilizar un poco su calma y su seguridad, pero creo que no lo estoy logrando.

– Es sólo una costumbre (*pone el dedo pulgar frente a su boca*). Desde siempre (*chupa su pulgar*). Cuando estoy a solas... –insiste para hacer que me calle–.

Debería irme de aquí. Normalmente no soy de las que invaden los momentos íntimos de las personas, pero nada es normal con Nils. Mientras nos hacemos los indiferentes, Nils me toma el pelo. Sabe perfectamente que me está poniendo nerviosa... y todo esto me vuelve aún más pueril.

– Pobre bebé. Con los horarios que tengo, seguramente no tienes tiempo para comer tu postre después de la escuela... –continúo cínicamente (y horripilantemente)–.

– Como si sólo me quitaras el tiempo para hacer esto... –dice mientras voltea a verme fijamente–.

Un escalofrío me hace temblar. Intento ocultarlo. No entiendo qué es lo que quiere decir. Bueno, sí, lo sé muy bien. Y como me está sonriendo, él sabe que entendí.

– ¿Te refieres a todas las mujeres que no puedes ver porque siempre tienes que estar conmigo?

– « Ver » no es el verbo que yo habría utilizado– dice para provocarme, con los ojos entrecerrados, antes de tocarse con la lengua la comisura del labio–.

– Si el pobre machito frustrado en el que te convertiste quiere volver a ser libre, la puerta está por allá.

– Si vuelves a decir « pobre » o algún diminutivo cuando te dirijas a mí, vamos a tener problemas.

Hago como que ignoro su amenaza, tomo el pequeño cuchillo sin filo que estaba sobre la tapa del frasco de la crema de maní y lo llevo a mi boca. Yo también sé cómo coquetear. Sólo que su mano aparece y me toma de la muñeca antes de que yo tenga si quiera el tiempo de probar la crema de maní. Me arrebató el cuchillo con un movimiento seco mientras murmura con su sonrisa:

– No debes jugar con esto. Podrías lastimarte, mi pobre princesita...

Esa fue la primera y la última vez que compartimos la hora del postre. Fue muy peligroso.

Justo después de eso, fui a abrir la ventana de la cocina para respirar un poco (y calmar mis nervios). Me di cuenta de que ya no rechinaba al abrirla. Esto me tranquilizó y me conformé con agradecerle. Sin que yo se lo pidiera, el vikingo también reparó los botones rebeldes del lavavajillas y la llave de agua que me costaba mucho trabajo abrir. Me habría gustado ver la sesión de plomería. Nils recostado en el piso de mi cocina (pero ese es otro tema).

Plomero, cocinero, chofer... No sabía que ser guardia era un oficio tan polivalente. Espero que al menos mi padre le dé una paga generosa. Porque no, yo no soy un regalo de todos los días. Seguramente a Nils deben molestarme muchas de mis malas costumbres. Hablo sola de vez en cuando (y respondo « nada » con un tono molesto cuando me piden que repita lo que estaba diciendo); casi siempre lo evito pero seguido me sirvo mucha comida y raras veces me termino mi plato; algunas veces tomo prestado su rastrillo supersónico para afeitarme las piernas, pero nunca logro volver a ponerlo en el mismo lugar de donde lo tomé para que no se dé cuenta. Nunca me ha dicho nada al respecto. Y el salvaje sólo sonrió cuando grité aterrada para que me salvara de una enorme cucaracha negra que estaba trepando por mi almohada (y que resultó ser una enorme mosca... muerta).

Nunca voy a admitir esto pero supongo que si logramos acostumbrarnos uno a otro es sobre todo gracias a él. Muy pocas veces había visto que un ser humano tuviera esta capacidad de adaptación. Y mucho menos en un hombre. En resumen, pude haber sido una compañera de piso muy incómoda, pero siento como si estuviera teniendo una verdadera vida de pareja en compañía de un hombre que yo ni siquiera elegí, con todos los compromisos necesarios y las discusiones obligatorias, pero sin las caricias frente a la televisión o el sexo en la mesa del comedor.

Sinceramente, ¿eso qué me importa?!

Eso es lo que pasa en el día. En cuanto a la noche, Nils tiene una habitación asignada. Yo elegí que fuera la más alejada de la mía. Para vivir en armonía, acordamos algunas reglas para nuestra vestimenta nocturna. Yo no debo dormir desnuda por si en algún momento tiene que entrar en mi habitación para protegerme de algún peligro (y para que no esté tentado a hacerme salvajemente el amor contra la pared, en vez de ir a detener al ladrón enmascarado). En cuanto a él, tiene prohibido por completo salir de su lugar privado sin ponerse al menos un short y una camiseta (es cuestión de respeto y amabilidad. No tiene nada que ver con las hormonas, ni con golpes de calor ni con tentaciones visuales). Pude verificar, en una de mis noches de insomnio, que infringió la regla número uno mientras bebía una botella de agua, frente a la luz del refrigerador, vestido sólo con un bóxer (y mostraba sus hermosos ocho abdominales). Sin embargo, este hombre colosal tiene la buena idea de no roncar (paso seguido detrás de su puerta para escuchar... Mi madre siempre me enseñó que hay que asegurarse de que los invitados estén durmiendo bien). Y los dos hemos cumplido impecablemente la regla de no volver a acostarnos (a pesar de que los dos amamos estar desnudos y romper las reglas).

Voy a terminar ofendiéndome de que no lo intente... Pero creo que Nils Eriksen es demasiado profesional como para hacerlo.

Una noche, un poco después de las doce, me lo encuentro en plena sesión de abdominales, suspendido de una extraña barra de metal que puso en el marco de la puerta.

– Lo siento –murmura mientras se ejercita– ¿Te desperté?–.

– No, iba a acostarme.

– Este no es el camino hacia tu habitación –dice con una sonrisa antes de dejarse caer–.

– ¿Y tú ibas a salir? –pregunto para cambiar de tema–.

Nils trae puesto sus zapatos deportivos, una short color negro brillante y una sudadera deportiva gruesa con capucha gris que tiene un bolsillo vertical de donde sale un gran sobre blanco. Una vez más puedo ver en ese sobre el nombre de Tilly Gomez escrito en medio. No sé por qué esto me preocupa. Nils guarda bien el sobre cuando se da cuenta de que lo vi y se pone en su actitud de hombre molesto:

– Tengo que ir a correr si quiero dejar de engordar. No sé cómo tu manera de comer y tu pequeña talla se adaptan tan bien pero yo no funciono igual.

– Creo que sólo tengo un buen metabolismo... –contesto simplemente–.

¿Acaso me está reclamando que como mucho? ¿O sólo está celoso de que yo no engordo?

– Puedo enviarlo por ti, si es urgente– propongo señalando con el dedo el sobre que sale de su bolsillo– Tenemos un servicio de correo postal las veinticuatro horas.

– No te preocupes. No es urgente.

He aquí las frases y respuestas cortantes de Nils. Esta es su manera de decirme que ya no tiene ganas de seguir hablando. Cuando quiere, sabe muy bien volver a ser un cromañón de costumbres extrañas. En medio de esta incertidumbre tenebrosa, Nils quita la barra de tracción levantando los brazos (y su sudadera se levanta hasta su vientre, dejándome ver una fina banda de piel clara. Como si

yo necesitara esto para excitarme). Luego la lanza con un movimiento bien calculado a su cama y azota la puerta de su habitación, mientras se aleja a paso veloz sin decir ni una palabra más. Sale de mi apartamento con las manos metidas en sus bolsillos, para ir a enviar el famoso pequeño paquete a la misteriosa Tilly Gomez.

¡¿Será una ex novia?!

O peor aún, ¿serán novios?

Las dos hipótesis llegan a mi mente antes de que una tercera se imponga en mí: esto es algo que no me incumbe en absoluto.

Aun así, ¿quién más tiene el privilegio de mirar bajo su sudadera deportiva además de mí?

Este viernes pudo haber terminado con un buen filme, una pizza extra *cheesy* y una cama suave y cómoda, pero no contaba con mis responsabilidades profesionales. Claro, me apasiona hacer reverencias y sonreír hasta que se me disloque la mandíbula para cortejar a los grandes monederos. Mientras me pongo otra capa de máscara en los ojos, recuerdo los nombres de los tres bebés tontos que Darren me encargó vigilar esta noche.

John Gardner. Jack Gardner. Jim Gardner. Tres grandes clientes potenciales, tres millonarios, tres generaciones de hombres de negocios y una sola cena para seducirlos. Echo un vistazo a mi reloj y me doy cuenta de que ya es tiempo de que me vaya.

– ¿No olvidas algo? –dice mi guardia que ya está listo, en la entrada, inspeccionando mi vestido de diseñador–.

Jala las mangas de su camisa, debajo de su saco. Sus bíceps se contraen para deleitar a mis ojos que se quedan mirándolo un instante muy largo. Es diabólicamente apuesto. Todo mi cuerpo se estremece.

– ¿Como qué? –pregunto, cuando regreso a tierra–.

– ¿Un saco? ¿Algo para cubrirte?

– ¿Para qué? –digo levantando mis hombros desnudos–.

– Estamos en febrero...

– Vivimos en California, Nils, no en medio de tu Noruega...

– ¿Vivimos? –repite sonriendo–.

– Bueno, sí, ¡Esto es temporal! ¡Muy temporal! Pronto podrás volver a tu tierra fría, ¡te lo aseguro! –gruño (sin pensar ni una de mis palabras) mientras voy hacia la salida–.

Y el vikingo se ríe en voz baja, observándome. Me volteo e intercepto su mirada. Se ve... encantador.

Sexy...

En vez de quedarme pensando en cómo mi corazón se acelera, saludo a Ted, el chofer del auto que envió mi padre, y me subo en la parte trasera. El vikingo llega conmigo y se instala cómodamente. En el trayecto, me fuerzo en mirar el camino, en no oler su viril y discreto perfume, en no mirarlo de reojo. Es raro ver a Nils Eriksen vestido tan elegante. Se ve muy bien hoy. Su piel tan clara contrasta con el negro oscuro de la tela. El corte recto y ajustado del traje resalta cada uno de sus músculos. El pantalón alarga sus piernas y me imagino que moldea sus nalgas redondas y firmes. Se ve guapísimo. Y es así como estoy divagando, en secreto, mientras veo pasar el asfalto frente a mis ojos. Una vez más, me maldigo por ser tan débil.

– ¿Entonces todavía no se ha casado, señorita Valentine? –me interroga John Gardner después de que nos presentamos en el restaurante (mientras siento la mirada de Nils sobre mí a algunos metros de distancia) –.

El hombre de sesenta años parece estar muy interesado en lo que no le incumbe y parece muy preocupado por el celibato de su nieto, Jim. Al igual que su padre:

– A Jimmy le está costando trabajo encontrar a la mujer indicada– agrega Jack mientras vacía su copa de whisky escocés– Quizá deberíamos dejarlos cenar juntos...

Inhalo y exhalo y me retengo para no contestar alguna tontería. Aunque este tipo de entremetimientos en mi vida privada me provoca ganas de matarlos, no podría hacerlo ya que sería un mal acto para los negocios. Además, evidentemente, Jim Gardner está más interesado en mirar al barman de camisa ajustada que a mí. « Jimmy » es 100 % gay y también amable y encantador. Todo lo contrario a su papá y a su abuelo que buscan casarlo, cueste lo que cueste, con el mejor partido para él, que soy yo.

Ser la hija de Darren Cox es una maldición interminable...

Los dos guapos viejos están bebiendo su tercer coctel cuando dejamos el bar lounge mientras nos escoltan hasta nuestra mesa. Las bromas atrevidas siguen sonando desde hace un buen rato y estoy a punto de inventar que tengo una indigestión severa para escapar. Lo único que me convence para que me quede es la actitud consternada de Jim. Si yo tengo que soportar a un Darren, él tiene que soportar a dos.

Y eso que todavía no he visto el resto del clan Gardner...

– ¿Entonces, jóvenes? ¿Van a conocerse mejor esta noche? –insiste el abuelo mientras come almejas–.

– ¿Bíblicamente, es a lo que te refieres? –bromea el hijo–.

– ¡Sí! Aunque no hay nada de piadoso en lo que yo imagino... –bromea el más viejo–.

– Ya basta–implora el nieto– Están incomodando a la señorita Cox–.

¿Yo? ¿Incómoda? ¡Para nada!

Sólo tengo ganas de encajar mi cabeza en esa pared...

Generalmente suelo ser más valiente. Suelo soportar muchas cosas sin protestar pero esta noche me siento cansada, harta de sonreír y de estar fingiendo. Los dos cerdos no dejan de hacer bromas respecto de mi futura descendencia (que Jim me haría por obligación, en la obscuridad y sin ruido, mientras piensa en su último amante), yo miro mi plato casi envidiando ser este ostión.

– ¿Quieres un trago, Valentine? –pregunta Jack–.

– No, gracias.

No sé por qué, pero de pronto volteo hacia Nils. Su fuerza me tranquiliza, a pesar de la distancia. El vikingo me mira a los ojos y de inmediato da un paso hacia mí. Le hago una señal para decirle que no vale la pena, le sonrío tímidamente y me concentro de nuevo en mis clientes. Intento volver a sacar el tema de negocios pero no tengo éxito.

– ¡Vamos! –insiste Jack, poniendo su enorme mano en mi hombro desnudo–. ¡Si Jim pasa la prueba, yo seré el patrocinador!

Todo en él me da asco: su mirada libidinosa, su voz lúbrica, su aliento que apesta a alcohol. De pronto me sobresalto y una tonelada de insultos llegan a mi mente, pero Nils reaccionan antes de que yo pueda abrir la boca. No sé cómo le hace para llegar tan rápido pero el vikingo viene velozmente para rescatarme. Un extraño calor se expande dentro de mí cuando su voz cálida y viril suena...

– No la toque– declara mirando la mano de Jack–.

No necesita levantar la voz, hacer un escándalo o sacar su gran calibre. Su cuerpo es tan imponente, comparado a nosotros que estamos sentados, que parece un gigante. Un gigante que lanza llamas por los ojos hacia el hombre de negocios pervertido.

– No me fuerce a que se lo repita... –lo amenaza Nils, más impresionante aún–.

Jack Gardner, completamente impresionado, al fin quita su asquerosa palma de mi hombro. Se queda mirando a mi guardia, un poco asustado, mientras Jim se disculpa por él.

– Valentine, lo lamento– me murmura mientras se levanta– Nuestro convenio con el grupo Cox sigue en pie y le prometo que nunca más tendrá que hacer negocios con estos dos...

– ¿Estos dos qué? –le grita John molesto (sin atreverse a mirar de frente a Nils) –.

Jack perdió la lengua pero al parecer no sucede lo mismo con su ancestro que está a punto de arremeter contra la sangre de su sangre.

– ¡Buenas noches, señores! ¡Fue un placer! –digo irónicamente mientras tomo mi bolso–.

El mesero se acerca justo en ese momento. Le indico con señas que quiero ordenar, frente a los ojos de los tres millonarios:

– ¡Dos vasos grandes de agua helada para estos dos! –digo refiriéndome al padre y al abuelo–. ¡Y una medalla para el tercero!–.

A Jimmy se le escapa una risita, yo tomo a Nils de la manga y lo fuerzo a seguirme hacia la salida.

– Sé caminar solo, princesa...

– Tenías los puños cerrados. Tuve miedo de que les rompieras la cara.

– Créeme, siempre pienso antes de hacerlo –murmura acelerando el paso– Además sus dientes me recuerdan aún...

Me abre la puerta del restaurante. Salgo y respiro el aire fresco, sin el hedor de lociones intensas y pasadas de moda. Le sonrío al coloso. Me pone su saco sobre los hombros desnudos y caminamos hasta el auto que está estacionado en la esquina de la calle.

Es verdad que ser seguida por un armario de hielo requiere tiempo para adaptarse, pero también debo admitir que esto tiene sus ventajas. Como alejar a las personas indeseables, por ejemplo.

Y cuando Nils lo hace, casi podría creer que no está actuando, que estaría dispuesto a matar a todos los que se me acerquen de más, como si se tratara de un asunto personal, como si... me quisiera en verdad.

¿Nils Eriksen? ¿Posesivo? ¿Celoso?

Qué tontería

Pero en alguna parte, muy en el fondo de mi mente de niña, se enciende una luz. Es como si esta idea loca, esta fantasía surrealista me gustara, como si a pesar de todas las señales de alarma que me dicen que no es para mí (demasiado rubio, grande, bestia, violento e indiferente de todo lo que conozco y espero), este salvaje fuera el único hombre que yo deseara realmente.

¡Qué tontería!

2. La bofetada

Valentine

Una de las tradiciones que mi madre y yo nunca hemos dejado de hacer es comer juntas el desayuno, el domingo en la mañana. Para algunas familias esto es sólo una costumbre pero para nosotras es algo *sagrado*.

Florence se toma muy en serio este ritual. Cada semana me reúno con ella en su terraza panorámica del primer piso, a las diez de la mañana en punto. Sobre la mesa de mármol claro suelo descubrir una montaña de pastelillos finos y otras delicias azucaradas que traen de la mejor repostería francesa de L. A. Mi madre, vestida con una hermosa bata de dormir de seda color pastel, me da un beso amoroso y luego me señala mi lugar asignado. Siempre me siento a la izquierda de la mesa, del lado del corazón, porque, según ella, es de buena suerte. Seguido le digo que ella necesita más que yo sentarse en este lugar pero me responde que es « el deber de una madre » dar lo mejor a su hija. Entonces se sienta a la derecha. Yo dejo de insistir, le doy un beso y tomo sin recato el pan de almendras que siempre me seduce primero. Luego, por una hora o dos, dependiendo de su estado de ánimo y de su salud, hablamos de mil sueños juntas, con la boca llena y los ojos mirando el océano.

Aunque esta mañana no llego sola a su piso. Estoy acompañada de un armario de hielo hambriento porque se despertó al amanecer (y también porque tuvo una sesión de pesas anoche que yo presencié por coincidencia... Yo solo pasaba por ahí, ya saben). Mi madre, sorprendida por esta presencia masculina, invita de inmediato a Nils a que se siente con nosotras. Luego va a encerrarse en su habitación, sin duda para que no se percaten de su pudor, y para quitarse la bata de dormir y ponerse un atuendo más apropiado. Guío a mi guardia hasta la terraza soleada. Hilda, la ama de llaves, ya está poniendo en la mesa otros cubiertos. Tengo que golpear varias veces las manos del vikingo para impedirle que tome el enorme pan de yema que aún está caliente.

Mientras le doy las gracias a Hilda, un pan de chocolate desaparece. ¡Ah! La tarta de manzana tampoco sobrevivió. Tomo asiento, amenazando a Nils con la mirada. Él hace lo mismo y luego se quita el jersey deportivo, despidiendo un olor divino. Es una mezcla de jabón para el cuerpo con piel masculina, naturalmente perfumada, con fragancia « picea de Noruega ». Intento concentrarme en otra cosa. Miro fijamente el horizonte, juego con un hilo que sale de mi blusa, golpeteo la mesa y luego termino embutiendo un panqué entero sólo para distraer a todos mis otros sentidos. No lo logro. El vikingo sigue siendo muy apetitoso. Incluso con la boca llena, me siguen dando ganas de devorarme ese postre. A mi lado Nils se estira sin ningún recato, moja glotonamente sus labios en el jugo de naranja y luego echa su cabello húmedo hacia atrás. Los músculos marcados de sus brazos me provocan. Su boca entreabierta me llama...

Segundo panqué y no hay ningún resultado.

– Hoy es domingo. Quizá no debiste levantarte antes de que saliera el sol –le digo cuando lo veo bostezar–.

– Tengo que hacer funcionar toda una agencia, princesa –me contesta mientras cruza sus enormes brazos sobre su torso– No es suficiente si sólo te cuido a ti...

– Transferir el trabajo. ¿Has escuchado hablar de eso?

– Soy responsable de una decena de hombres. Sería culpa mía si el día de mañana no pueden seguir alimentado a sus hijos...

– ¡SAFE es muy generosa! –digo cuando recuerdo que dijo esta palabra una vez, al teléfono–.

– ¿SAFE? –interviene mi madre con una voz elegante–.

Regresa vestida con un pantalón de tela ligera y un suéter delgado color gris claro que le permite estar presentable frente a los ojos del rubio gigante, protegida dentro de su ropa demasiado holgada.

– *Search And Find Eriksen*, mi agencia de detectives privados –le responde amablemente–. Me disculpo de nuevo por incomodarla, señora Laine-Cox. No pensaba sentarme con ustedes a la mesa. Sólo estoy haciendo mi trabajo...

Parece que se dio cuenta de la timidez de mi madre y de que mi madre se sintió incómoda. Siempre olvido que este neandertal puede ser muy atento...

– El refrigerador de Valentine siempre está vacío. ¡Hizo bien en venir a comer aquí! –ríe mi madre mientras se sienta– Qué bueno que usted piensa en sus empleados. Es raro encontrar buenos patrones en estos días.

– ¿Prefieren que los deje sentarse frente a frente? –propongo, contenta de ver a mi madre de muy buen humor–.

– ¡¿Cómo crees?! –contesta mi madre–. ¡Vamos, sírvanse!

Sería inútil repetírselo dos veces. Nils llena y vacía su plato en tiempo récord. Dos veces. Mi madre abre los ojos de par en par cuando descubre su apetito de ogro.

– ¿Gusta que Hilda le prepare algo más? ¿Un omelette? ¿Un poco de carne? ¿Un emparedado? –propone mi madre–

– ¿Todo un rebaño de corderos a las brasas? –pregunto irónicamente–.

El ogro de ojos de niebla ignora mi mala broma y ordena un omelette « completo ». Miro cómo se relacionan mi madre y él mientras conversan de todo y de nada. Nils, que normalmente no es simpático ni muy locuaz, ahora está siendo muy amable y atento, como si dentro de él se estuviera reconstruyendo algo que estaba roto. Florence se comporta diferente. Se ve cómoda ante la presencia de Nils, como fascinada por este personaje. Quizá demasiado. Una pequeña luz roja se enciende en mi interior: tengo que tener cuidado con esta situación ya que mi madre tiene una facilidad especial para enamorarse de hombres brutales y poco recomendables (Darren es un inocente cordero comparado a sus ex parejas). Es algo tonto pero Nils sigue siendo un misterio para mí. Aunque siempre haya sido respetuoso y protector conmigo, debo mantener la guardia. Algunos hombres pueden cambiar por completo de la noche a la mañana. Y la mujer que ríe discretamente del otro lado de la mesa lo sabe muy bien, pues tiene varias experiencias al respecto.

Y yo también... aunque pasivamente.

– Bueno, ¿y cómo ha funcionado su cohabitación? –pregunta Florence mientras me sirve más café con leche–.

– Valentine sigue viva –resume mi *bodyguard*– Y yo también. Entonces todo está bien.

– Atrévete a tocar ese panqué de almendras y verás que todo puede cambiar rápidamente –lo prevengo sin dejar de mirar a mi *precioso*–.

– Maldita... –murmura fingiendo una tos–.

– Tragón... –digo del mismo modo–.

– Al parecer ya se adaptaron muy bien –comenta mi madre, divertida con nuestro breve espectáculo–.

– Te recuerdo que Darren le paga a Nils para que cuide de mí, mamá. Eso es todo.

– Eso me recuerda que el tipo de las cámaras de vigilancia ya debe estar aquí –dice mientras se

levanta– Tengo que dejarlas.

– ¿Tan pronto? –murmura mi madre–.

– El deber me llama –confirma mostrándole una enorme sonrisa que la hace reír–.

¿Es en serio? Sólo falta que le bese la mano antes de irse.

Justo antes de irse, mi guardia me mira un instante con sus ojos penetrantes y grises. Yo entiendo el mensaje (tengo que avisarle en cuanto me vaya de esta terraza) y le hago una seña para decirle que puede irse tranquilo.

Su actitud insolente me hace sonreír cuando sutilmente toma el último panqué de almendras que está frente a mí. Desgraciado. Sexy y desgraciado.

– Nils Eriksen, como sea... A tu edad yo no habría podido resistirme –suspira mi madre mientras lo mira alejarse– Ese cuerpo. Esos ojos. Esa fuerza que emana de él. Esa amabilidad...

– ¡Mamá, estoy comiendo!

– ¡Ups! ¡Pensaba en voz alta! –dice sonriendo como una jovencita traviesa–.

Desde hace meses mi madre no había sonreído de este modo.

Una vez más, el vikingo hizo un milagro...

Llego con dificultad hasta la torre Cox (o más bien Nils me lleva en su hummer), sabiendo de antemano que la reunión del lunes (la más interminable de todas) me espera. Mientras tanto, Aïna está gozando de la buena vida al otro extremo de los Estados Unidos, supuestamente para asistir a conferencias acerca del calentamiento global. En Los Angeles son casi las ocho de la mañana y en Nueva York ya van a dar las once. Mientras yo me tengo que levantar al amanecer y andar soñolienta toda la mañana, ella apenas sale de la cama y, al parecer, se tiene que curar una resaca.

O al menos eso es lo que me hace pensar su mensaje de texto:

[¿Sabías que mezclar Ron y Vodka es mortal?]

[Claro. ¿Acaso tus lémures no te enseñaron nada?]

[Parece que no. En cambio, el chico de esta noche me enseñó el arte del tantrismo...]

[¿Y luego? ¿Tuviste un orgasmo?]

[See. Pero me habría gustado más que se largara sin mi tarjeta de crédito...]

[¡¿Bromeas?!]

[No. Al parecer tener dos orgasmos la misma noche cuesta caro.]

[¡¿Avisaste al banco del robo?!]

[No. El Ron y el Vodka no me dejaron.]

[¡Vololoniaïna Rakotonalohotsy! ¡Llama al banco DE INMEDIATO!]

[¡Ohh! ¡¿Sabes escribir mi nombre?!]

[¡Dije DE INMEDIATO!]

[Te extraño.]

[Yo igual. Llama al banco.]

Nils se voltea hacia mí, como si estuviera esperando algo. No me había dado cuenta de que su hummer de G.I. JOE ya estaba parada frente a la torre Cox. Es hora de que baje de la carroza.

– ¿Algún problema? –me pregunta con una voz sorprendentemente dulce–.

Sus manos poderosas están completamente sobre el volante. Su piel es pálida, sus dedos finos y largos. Tiene unas manos muy delicadas para ser un salvaje.

Y hace no mucho tiempo esas manos estaban por todos lados, en mi cuerpo...

– Dos problemas, de hecho– contesto sonriendo ligeramente cuando siento que me pongo nerviosa– La reunión que me espera podría matarme. Y mi mejor amiga podría necesitar a un Nils Eriksen–.

– ¿Aïna? Puedo enviarle a uno de mis hombres– propone el vikingo completamente serio–.

Sus manos sueltan de pronto el volante de cuero y, en un instante, toman los dos teléfonos portables. Este hombre desenfunda a una velocidad increíble.

Mmm...

– Estaba bromeando, Nils.

– Yo no– insiste mientras marca un número– Habrá alguien frente a su casa dentro de diez minutos–.

– No es necesario, gracias– río, quitándole el teléfono–.

Cuelgo la llamada y luego le aseguro que no tiene que intervenir. Sus ojos desafiantes penetran los míos. Extiende la mano y abre la palma. La intensidad con la que me mira pone fin a mi tentativa de rebelión. Admiro su belleza salvaje, trago saliva difícilmente y le regreso el teléfono sin quejarme.

– Vas a llegar tarde... –murmura sin dejar de mirarme ni un instante–.

Confundida, me tardo un poco en darme cuenta de que tiene razón. Al fin tomo mi bolso de mano y abro la puerta sin darme mucha prisa.

– ¿Nils? –digo mientras salgo del auto–.

– ¿Mmmm?

– Gracias.

Una sonrisa sutil se esboza en sus labios. Sus ojos miran todo mi rostro. Ese gesto llega más dentro de lo que yo pensé. Cierro la puerta, esperando que con esto haya orden en mis ideas, pero nada pasa. Al fin salí de ese tanque. Doy algunos pasos y luego su voz me detiene.

– Avísame quince minutos antes de que te vayas– me recuerda bajando la ventanilla–.

– ¡Espera! –grito mientras retrocedo– ¿No vas a venir hoy? –.

De inmediato me arrepiento de haber hecho esta pregunta tonta.

– Me vas a extrañar, ¿por eso lo preguntas? –se burla–.

– Sólo quería saber por qué algunos días me acompañas y otros no...

Sostengo su mirada y obtengo la respuesta.

– Porque las oficinas de este edificio están protegidas por el servicio de seguridad de la torre; porque tú no te das cuenta pero siempre tengo a otro hombre que cuida de ti cuando yo no estoy; y porque, sinceramente, sus reuniones me dan ganas de darme un tiro...

– Buena respuesta.

Le sonrío y lo observo un instante. Su saco color caqui le queda bien. Sus ojos se ven particularmente claros, a la luz de la mañana. Un pequeño remolino se forma en la parte trasera de su cabeza debido al respaldo del asiento y tengo ganas de tocarlo. Siento calor de nuevo. Nils voltea de nuevo a verme, preguntándose por qué sigo aquí. Cuando ve mi expresión, entrecierra los ojos mientras su mirada se posa sobre mis labios. Demasiado tiempo como para hacer que mi corazón se acelere. Luego, el gigante voltea sus ojos de humo y no logra esconder del todo su sonrisa traviesa.

– Feliz reunión, princesa...

Cuando dice estas palabras con su voz grave y cálida, me hace una señal para que me vaya y arranca a toda velocidad. Es un maldito salvaje en su hummer.

Maldito corazón que casi se sale de mi pecho.

Mediodía. El sol brilla ahora en lo más alto del cielo de Los Angeles Downtown y yo me ahogo en un océano de números, de proyecciones y de frases amables, diplomáticas e inútiles. El acuario hermético que funciona como sala de reunión me impide respirar. Desabotono el cuello de mi camisa y me endezco en la silla. La voz monocorde de Lewis hace más insoportable la situación. Su presentación empezó hace más o menos siglo y medio. Del otro lado de la mesa, Darren garabatea enérgicamente una lista (probablemente está tachando los nombres de las próximas cabezas que rotarán), mientras Lana simula tener una nueva pasión hacia los diagramas de la Bolsa.

Algo me dice que no sólo está simulando eso...

Alerta: nauseas.

Apenas he dicho unas diez palabras desde el inicio de esta reunión. Me gusta la acción y no el bla bla bla. Una empresa como la nuestra evidentemente no puede funcionar sin una armada de mentes y de oradores tan brillantes como soporíficos. A mí lo que me gusta es probar, innovar, crear, ir a donde los demás todavía no se han atrevido a llegar. Lo demás, las reuniones, las videoconferencias, las reverencias y las presentaciones en prezi: Sáquenme de aquí.

Normalmente me niego a pedir este tipo de cosas a los becarios, pero me estoy muriendo. Pido discretamente un café al muchacho que se aburre aquí cerca. Ésta es mi tercera dosis de cafeína desde que Nils me abandonó cobardemente al pie de esta maldita torre. Me pregunto a dónde habrá ido. ¿Qué lo mantendrá lejos de mí? Lewis regresa a su lugar y ahora es el turno para que hable Becca, la jefe del servicio de ventas. Ella me muestra una sonrisa de complicidad y yo le hago entender que puede empezar a hablar. Comienza la presentación que hicimos juntas. Durante unos veinte minutos, Becca expone el nuevo sistema de referencias de los productos que imaginé en un momento de locura. El concepto recibe una oleada de cumplidos, incluso de parte de mi progenitor... que no tarda ni tres minutos en volver a ser despreciable.

– La próxima vez, haz tú misma la presentación, Valentine. No entiendo por qué dejas que una empleada te robe tus quince minutos de gloria– me murmura maliciosamente mientras todos salen de la sala–.

– Partimos de mi idea pero Becca lo desarrolló junto conmigo. Tiene quince años de experiencia y toma la palabra cada semana. Es la única que logra mantener más o menos despiertos a todos. Y, en cuanto a la « gloria »... – agrego con un tono irónico– no creo que tú y yo tengamos las mismas prioridades–.

– No juegues conmigo– me regaña en voz baja– Recuerda lo que te dije en tu primer día aquí: « Nuestros empleados trabajan en la obscuridad para que la luz brille sobre *nosotros*, los Cox. Eres mi heredera. Tu lugar está a mi lado, en lo más alto de la pirámide. »

Abro la boca para contestar pero él me mata con la mirada y agrega entre dientes:

– Se termina la discusión, Valentine.

– Menos mal. Mamá me está esperando.

– ¿Cómo? ¿No tenías cita con Microclear?

– Cancelada. Estoy en la parte más alta de la pirámide, ¿recuerdas? Eso me da muchas libertades... –sonríe insolentemente mientras me alejo a grandes pasos–.

A esto se le llama: cómo jugar a la niña malcriada y caprichosa sólo para hacer enojar al gran idio...

Florence está dando pequeños saltos al pie de la torre cuando salgo. Se ve hermosa con su pantalón de mezclilla ajustado y su pequeño saco entallado. Se lanza a mis brazos mientras grita:

– ¡La vi, Valentine! ¡La vi y me quedé tranquila!

– ¿Qué? ¿A quién?

– ¡A Lana! ¡Casi se va corriendo cuando me reconoció! Es una...

– ¡Ven! –la interrumpo tomándola de la mano, antes de que empiecen las groserías–.

– ¿A dónde? ¿No iremos a comer?

– No. ¡Vamos a que te relajés!

Una voz viril resuena de pronto, a algunos metros detrás de mí.

– ¿Cuál era el plan, princesa?

Volteo y me topo cara a cara con Nils, que parece no estar contento. De hecho, en lo absoluto. Me mira y me domina con su altura, con los ojos entrecerrados debido a su enojo. Tiene los brazos cruzados al frente. Es un verdadero cliché, pero un cliché diabólicamente agradable a la vista.

– Deja de llamarme princesa, para empezar.

– ¿Qué estás haciendo? –me murmura mi madre–.

– Nada.

– Exactamente– gruñe el vikingo– « Nada ». Ni una llamada, ni un mensaje para avisarme de tu salida inminente. ¿A dónde pensabas ir sin mí?

– ¡Valentine! –dice la traidora, disgustada– ¿Quieres que te secuestren por tercera vez?

– ¡Ah! Están haciendo un equipo, ¿verdad? –suspiro al verlos intercambiar una mirada casi de... complicidad–.

– Nos preocupamos por ti, nena.

– Mmm... –deja escapar mi guardia– Yo sólo hago mi trabajo.

Asumo mi responsabilidad e ignoro esta última frase (también el pequeño dolor en mi corazón) y entro por voluntad propia a la hummer color caqui. El tanque indestructible hace que el paisaje de California se vea ligeramente feo.

– ¡Nos vamos! –anuncia mi madre– Puedes decirle adiós a tu pequeño auto convertible...

– Ah, sí– dice acercándose al monstruoso auto– Es... un vehículo impresionante.

– No se deje llevar por su aspecto austero– le confiesa mientras abre la guantera– Es muy cómoda y sorprendentemente adaptada para conducir en la ciudad.

– Nunca hay que dejarse llevar por las apariencias...–le sonrío mi madre, encantada–.

Su reciente complicidad me exaspera pero también me da ternura. Mi madre parece estar más contenta desde que mi pegamento salvaje está a mi lado. Sin duda también es porque se siente más tranquila así.

Quince minutos después, cuando Nils se da cuenta de que estamos llegando a un enorme centro comercial, su sonrisa burlona desaparece. Y la mía se hace más grande.

– De compras... –murmura mientras se estaciona– Qué horror. Yo no firmé un contrato para esto.

– ¿Va en contra de las reglas de seguridad? –pregunto–.

– No si me quedo con ustedes todo el tiempo –suspira el gigante–.

– ¡Entonces vamos!

Le digo a mi madre que por las dos siguientes horas puede hacer lo que quiera y probarse todo lo que le venga en gana; que todo va a la cuenta de Darren y que cierto Nils Eriksen estará fascinado admirando y comentando cada uno de los atuendos. Mi madre ríe discretamente al ver la cara de apatía del colosal hombre que pasa la mano por su cabello rubio, sin saber qué hacer. Ah, Nils me mata con la mirada.

Es así como la princesa vence al vikingo...

En la primera boutique de lujo, Florence se siente como en casa. Me río al verla extasiada con todo lo que mira y al ver cómo se disculpa por hacer correr a las vendedoras. Miro los pasillos sin

interesarme realmente en algo, mientras siento la presencia de Nils detrás de mí. Esta presencia que ahora se me hace familiar y que cada vez me incomoda menos. Mi madre está en su octavo descubrimiento cuando yo me pruebo el primer atuendo: una chaqueta de cuero particularmente bien entallada.

– ¡Valentine, Pruébate este vestido! –me dice la *compradora compulsiva* frente al espejo–.

Me obliga a quitarme la chaqueta mientras observo el pedazo de tela al que ella llama « vestido ». Hago una mueca. Es demasiado corto, ajustado, escotado y demasiado « no para mí ».

– ¿Mamá, en verdad?

– No te haría daño si jugaras a la chica sexy de vez en cuando...– me susurra–.

Veo en el espejo a Nils que entrecierra los ojos, a algunos metros detrás de mí, reprimiendo una sonrisa. Nuestras miradas se cruzan y algo pasa. Es como un sobresalto impredecible, un corto circuito, un mini asalto inesperado. Su intensidad me estremece. Mi corazón se acelera. Un calor agradable pasa por mis entrañas. Mis células más estúpidas chocan entre ellas y el tiempo pasa, sin que mi *bodyguard* rompa el lazo invisible que nos ata uno a otro.

– ¡Toma! –dice mi madre (y me hace sobresaltarme) mientras me da un nuevo vestido colgado de un gancho– Azul marino. Es corto pero no tan escotado. Elegante y sofisticado. ¡Este es el bueno!

Camino hacia los probadores con un paso robótico, aún un poco desconcertada. Nils me rebasa y me hace una señal para que me quede detrás de él. Inspecciona la cabina antes de dejarme entrar en ella y él mismo cierra la puerta. Y pensar que está justo detrás de la fina pared mientras me desvisto... Mis células vuelven a chocar como los autos chocones en las ferias.

¡Malditas células! ¡Contrólense!

– ¿Te vas a quedar ahí toda la noche? –se queja finalmente el vikingo–.

– No logro subir el cierre del vestido...

– ¿Dónde se quedó tu madre? –escucho que dice suspirando–.

– No la necesito. ¡Ven!

La puerta se abre brutalmente y me encuentro frente a Nils. Frente a su inmensidad, frente a esta mirada intensa y feroz, frente a esta sonrisa que se dibuja poco a poco, a pesar de que intenta ocultarla. Me volteo y le doy la espalda. Sus manos se sienten particularmente suaves cuando las pone sobre mí para cerrar mi vestido.

– ¿Te gusta? –le pregunto con un tono amistoso mientras los dos miramos mi reflejo–.

– Tendrán que pagarme doble por aprovechar mi experiencia...

– Sólo di sí o no, Eriksen.

Quise que mis palabras sonaran secas pero terminé haciendo la voz aguda. Sus ojos color gris acero se posan sobre mí, sobre mi rostro, mi boca, y luego bajan por mi cuello, mis senos, mi cintura, mis piernas desnudas. Trago con dificultad mientras murmura con su voz ronca:

– No está mal.

Un silencio ensordecedor se apodera de la cabina. Lo miro en el espejo. Está guapísimo. Nuestra cercanía se me sube a la cabeza. Mi piel se despierta hasta que algunas voces familiares se acercan. Es la voz de mi madre y la de...

Oh. Ra. Yos. No él.

– ¡Nils! ¡Mi mamá! ¡Rápido!

Su expresión cambia cuando analiza mi rostro. El guardia debe estar leyendo el miedo en mis ojos y desaparece de inmediato. Me tranquilizo al fin y guardo la compostura. Cuando salgo de la cabina reconozco perfectamente, detrás de un perchero lleno de harapos, al canalla que está hablando con mi madre.

Musculoso. Look de motociclista. Cabello atado en una coleta. Sonrisa de bribón. Pascal.

Mi corazón late a mil por hora pero no del mismo modo que hace algunos segundos.

– ¿Quién es ese tipo? –me pregunta Nils cuando voy con él, lejos de mi madre, sin dejar de mirar a Pascal–.

– Un fantasma del pasado.

– Tendrás que darme más información al respecto– me regaña–.

– Es el ex de mi mamá. Hace ocho años la mandó a urgencias. Entonces ella lo envió a prisión.

– ¿Y a ti? ¿Te hizo alg...?

– No–respondo de inmediato– Bueno, no realmente. Sólo una vez. Pero no tan fuerte–.

– OK. Ya sé suficiente... – dice el gigante, descruzando los brazos–.

Los músculos de Nils se tensan y se dispone a intervenir pero yo lo detengo, tomándolo del saco.

– Espera. No ahora. Quizá mamá ahora es lo suficientemente fuerte como para afrontarlo...

Necesita esto.

– No me gusta su pinta. No se acercó para hacerle un cumplido.

– Lo sé –contesto con la garganta cerrada–.

De pronto, los ojos de mi madre se cruzan con los míos y descubro una mirada salvaje. Florence está dispuesta a arreglárselas sola. Siento tanto orgullo por ella en este momento que hasta los ojos se me llenan de lágrimas. Es eso y el sentimiento de pánico que se hace grande en mi interior.

– No dejaré que le haga daño, Valentine– murmura el vikingo con la mirada fija en el hombre que nos hizo sufrir tanto–.

Pascal nunca le hizo nada a medias a mi madre. La idolatraba del mismo modo que la golpeaba. Es algo irónico para un hombre que tiene el oficio de vigilar la seguridad en los conciertos de rock por todo el mundo. Yo tenía 13 años cuando todo empezó; 16 cuando tuve que llamar a la policía porque la sangre de mi madre manchó las paredes. Pascal me daba terror pero el odio profundo que yo sentía hacia él me hizo mantener la cabeza fría. Me tocaron algunos golpes pero nada comparado a lo que vivió mi madre, que todavía tiene las cicatrices. Físicas y emocionales.

Verlo aquí, frente a ella, me hace sentir enferma. Muero de ganas de ir a rescatarla pero estoy consciente de que lo tiene que afrontar sola; de que tiene que volver a tomar el poder; hablar más fuerte que él y decirle « no » por todas las veces que no pudo hacerlo.

– Se ve tan débil comparada con él... –digo analizándolos–.

– Ahora entiendo mejor.

– ¿Qué?

– Porqué desconfías tanto de mí...

– Tú no me das miedo, Nils.

No estoy mintiendo. Me doy cuenta en este instante de que me inspira un millón de cosas, excepto miedo. A pesar de su cuerpo de titán, Nils Eriksen se ha ganado mi confianza.

Un poco más lejos, mi madre empieza a temblar frente al motociclista que acaba de poner la mano sobre su cintura. Acaba de sobrepasar los límites y sé que lo peor está por venir. Aprieto los dientes y me acerco lentamente, al igual que el hombre de los ojos de niebla que camina como mi sombra.

– No me toques– lo amenaza mi madre, retrocediendo–.

– Florence, viajé todos estos kilómetros por ti...–insiste Pascal–.

– Los *Iron Rocks* tocarán en Los Angeles toda la semana. No estás aquí por mí. Aunque sí me seguiste hasta aquí... Como antes.

– Siempre fuiste demasiado astuta para mi gusto– dice el imbécil, sonriendo–.

– Ya me viste y me escuchaste. Ya puedes irte– dice mi madre, enojada– Para no volver nunca

más–.

– Regresa a Francia conmigo.

– ¡Estoy casada!

– Te perdono...

– ¡Pascal, tienes que curarte! –dice de pronto mi madre, a punto de perder la paciencia– ¡Estás enfermo si crees que voy a ir a algún lugar contigo! ¡Estuviste a punto de matarme!

Las fosas nasales del hombre vibran. Su rostro cambia de inmediato y entonces recuerdo que éste es justo el momento en el que empiezan los golpes.

– Tú me llevaste a hacerlo aquél día– dice con una voz aterradora– Y estás haciéndolo de nuevo...

Su gran mano, tan imprevisible como sus puños, se dispone a actuar y a golpear el rostro aterrado de mi madre, pero los golpes son interceptados por el antebrazo del vikingo. Si juzgo por el sonido que me revienta los oídos, puedo asegurar que la bofetada tenía una violencia increíble y que estuvo a punto de golpear a la persona que más amo en el mundo.

Me precipito hacia ellos pero mi madre me detiene para dejar que Nils se ocupe del imbécil. En tan solo unos segundos, Pascal es empujado violentamente a una pared, con la nariz sangrando y el rostro destrozado por la mano del salvaje. Mi guardia lo somete con una facilidad increíble, antes de pedirle al responsable de la boutique que llame a las fuerzas del orden. En mis brazos, mi madre tiembla fuertemente y me doy cuenta de que está llorando.

– No volverá a hacerte daño, mamá... –gimo en su cuello–.

– No nos volverá a hacer daño nunca, mi nena.

Cuatro policías llegan después de algunos minutos y nos interrogan, así como a otros testigos. Nils se comporta de una manera enternecedora con mi madre, murmurándole que enfrentó sus miedos y que demostró ser muy valiente. Le ponen esposas a Pascal y lo escoltan hacia la salida. Cuando pasa frente a su ex, mi madre le da una bofetada hiriente mientras dice:

– ¡Nunca más!

Es la primera vez que veo a mi madre ser violenta. Sé que sin duda esta será la última vez. Más que una venganza, ese golpe fue un mensaje claro y sin rodeos que no esperaba ninguna respuesta. Mi corazón se llena de nuevo de orgullo y me voy con este vestido que nadie piensa cobrarme, caminando tan cerca de Nils que nuestra piel se frota un poco.

3. Una unión acordada

Nils

– Sólo tengo cuarenta minutos, ni uno más.

Declaro esto con la voz más molesta que tengo aunque parece que mi tono no provoca ningún efecto en él ni es su asqueroso buen humor.

– ¿Es así como recibes a tu adorable hermano menor que acaba de llegar a los Estados Unidos? – se burla Samuel mientras sube a mi hummer–.

– No, así es como se recibe al hermano fastidioso que uno cree que está en Francia y que llama diez minutos antes para que vayan a buscarlo al aeropuerto... ¡de Los Angeles!

– ¿Desde cuándo ya no te gustan las sorpresas?

– Desde que te conozco, Sam. Sólo sales de Europa cuando acabas de meterte en algún lío. Y sólo me llamas para que te ayude a salir de él.

– Falso... –protesta débilmente–. ¡Te llamé de manera sincera para desearte un feliz cumpleaños ayer!

– Perdiste. Mi cumpleaños es hoy.

– ¡Rayos! –exclama– ¡Feliz cumpleaños, hermano! 35 años. ¡¿Eh?!

– 34, Pero gracias de todos modos. Ahora, ponte el cinturón y cierra la boca.

En el asiento del copiloto, Samuel me abre grandes los brazos, como esperando a que yo me lance a ellos. En vez de eso, le doy un gran empujón en el hombro antes de arrancar. Cretino.

– ¿Y ahora qué traficaste? –le pregunto mientras conduzco, sin dejar de fruncir el ceño–.

– Nada importante, pero digamos que no me haría nada mal alejarme un poco para descansar y para que me olviden. Sólo por algunos días... o algunos meses.

– ¿Ahora quién fue el pobre a quien estafaste? –pregunto suspirando–.

– Te aseguro que se lo merecía– ríe levantando las manos al cielo, como diciendo « soy inocente, señor juez ». ¿Vamos a tomar una cerveza?

– No, Sam. Sólo me quedan treinta y siete minutos. Tengo un trabajo, ¿recuerdas?

– ¡No te conformas con trabajar con los burgueses, viejo!

– El burgués me paga más que bien, pero no estoy seguro de que le agrade que deje a la niña de sus ojos sin vigilancia. Logré encontrar a un hombre para remplazarme una hora. Te dejo y me regreso a trabajar.

– ¡Si juzgo por el humor en el que estás, creo que haces algo más que vigilarla!

Samuel ríe y yo me pregunto qué es lo que me detiene para no aplastar su cara en la ventanilla y hacer que quite su cara de: « estoy orgulloso de mí mismo ». Quizá no lo hago sólo porque lo extraño.

– ¿Entonces vivimos en la casa del millonario? – me cuestiona con los ojos brillando–.

– Yo tengo una habitación ahí. Tú te quedarás donde yo te diga. Como siempre.

– OK, lo merezco. ¿Dónde será?

– El asiento trasero de esta hummer, ¿te parece?

– ¿Tengo otra opción si contesto que no? ¿Algo como un lugar con una verdadera cama y un

techo...? – intenta Samuel aunque sabe de antemano que no me importa lo que le piense–.

– Rento una vieja casa en L.A. sólo mientras trabajo con Cox. Sólo lo hago para guardar mis cosas. Casi nunca estoy ahí.

– ¡Cool! ¿¿Tiene una piscina?!

– Siéntete afortunado si te doy permiso de meter un dedo del pie dentro de la bañera –contesto de inmediato–.

– OK, OK. Ya entendí. Tengo que hacer como que no estoy...

– Y además tendrás que hacerme un favor a cambio del techo y del encubrimiento.

– ¡Te escucho! Lo que tú quieras...

– Te ocuparás de Willy cuando me vaya por mucho tiempo.

– ¿¿Tu bestia salvaje?! ¡Pero me va a comer antes de que logre que me haga caso!

– Los marsupiales son herbívoros, Sam. Y si sigo dejándolo solo en el jardín, va a terminar devorando incluso los árboles del vecino.

– ¿Y yo tengo que impedirle que lo haga? ¡Estoy seguro de que pesa más que yo!

– ¡Cobarde! Tendrás que impedirle que lo haga pero también que coma cosas tóxicas, como el portón. O que aterrice al cartero cada vez que pasa. ¡Ah, y está prohibido que se suba al sofá!

– Peor que un niño– gruñe Samuel, un poco decepcionado de su viaje–.

– Ráscale el vientre si hay algún problema, eso siempre lo anestesia. Y llama a James si necesitas a un veterinario. Su número está en el refrigerador.

– ¿Eso es todo? ¿Ya me abandonas? ¿Ya llegamos? ¿Me dejarás con tu bestia? – lloriquea sobreactuando un poco– Quería decirte que te amo, Nils. Y que te dejo todo lo que tengo...

– No tienes nada más que el asqueroso contenido de esa bolsa– digo recogiendo su maleta vieja sobre el asiento trasero–.

Mi hummer se estaciona en Sycamore Avenue, frente a la casa vieja y humilde que rento desde hace poco. Tiene tres habitaciones y un baño pero el precio es exorbitante (gracias a los precios de L.A.), y tiene un jardín lo suficientemente grande para que Willy pueda estar solo varios días sin volverse loco. Además, la casa se encuentra entre la villa de Santa Monica y la torre Cox donde trabaja Valentine. Es ideal para mí. Pude haber rentado algo más grande, más bonito y lujoso pero prefiero rentar algo útil. Además, sobra decir que no me interesa todo eso... Este lugar me sirve de dormitorio. Prefiero ser discreto cuando me ocupo de la seguridad de la hija de un millonario. O, para ser más exacto, de una princesa, hija de un millonario insoportable.

Samuel no sabe que mi empresa dio frutos. En la agencia que creé, ahora contrato una decena de hombres que trabajan tiempo completo como detectives privados. Nunca habría pensado que esto me daría tanto dinero tan rápidamente. Entre eso y lo que me paga Darren Cox, tengo suficiente dinero para invertir en el proyecto que me interesa tanto desde hace varios meses: crear curaciones de urgencia hemostática para las heridas expuestas. Heridas de bala o de arma blanca, por ejemplo. De esas heridas que te hacen perder sangre en algún momento y en algún lugar donde no tienes nada de ganas de morir. Seguí el principio de las esponjas para las hemorragias de la nariz pero yo agregué activos analgésicos, desinfectantes y absorbentes. Asociándome con Roman (y su buen sentido para los negocios) y con Malik (el genio de la biología), logré desarrollar mi idea. Primero fue sólo para uso militar o policiaco, pero al ver cómo funciona, creo que mis curaciones podrán ser accesibles para todos. Se volverán indispensables en los paquetes de sobrevivencia o de primeros auxilios.

En fin, mi hermano no tiene la menor idea del dinero que gano con el sudor de mi frente y quizá así es mejor. Aunque Sam sabe que Cox paga bien. Se le va a hacer extraño ver que la casa sólo tiene dos pobres muebles y un refrigerador casi vacío. Estará contento porque seguro me queda una o dos

cervezas en la alacena. Cervezas calientes.

Cuando regreso hacia la torre Cox, tengo una sonrisa en los labios. Me pone un poco feliz hacerlo sufrir. Poco después, a pesar de mi recibimiento glacial, estoy contento de que esté aquí, conmigo, en vez de bajo vigilancia en algún lugar. O peor, en el cofre de un auto de hombres molestos porque los timó. O aún peor, aunque es completamente posible, entre cuatro tablas de madera por ser un maldito estafador que no supo portarse bien.

Dos días después, apenas tengo tiempo de ver a mi hermano y tengo que dejarlo de nuevo. Le encargué que cuidara a Willy y ahora no sé por quién de los dos tengo que preocuparme. No tengo otra opción. Debo acompañar a Valentine a San Francisco. A veces llego a preguntarme si ella no multiplica sus viajes de negocios sólo para molestarme. A pesar de ello, obedezco sin quejarme. No tengo ganas de gruñir y darle motivos para llamarme salvaje de tal o cual etapa de la historia. Además, para ser honesto, tengo cuidado con lo que digo desde mi « encuentro » con el motociclista de cabello largo y de la mano pesada. O más bien desde que ese idiota conoció mis puños. Y la pared. Ese idiota atemorizó a Valentine y yo no voy a hacerle lo mismo con mi mal estado de ánimo a lo imbécil.

Cuando llego, me aseguro de que la princesa esté bien encerrada en una nueva prisión dorada. Se trata de un edificio ultra vigilado, pero aún así le di un gran billete a un hombre para que no deje de cuidarla si no quiere que le arranque los ojos. Luego desaparezco velozmente. Quiero aprovechar que estoy en San Francisco para arreglar rápidamente un asunto personal: pagaré una pequeña visita a ese buen viejo No-Name. Es el tipo más vigilado de la prisión del estado de San Quentin y sigue sirviéndome como pista de investigación. Sólo habla conmigo, incluso si yo soy quien lo envió a prisión. Es normal.

Con un pequeño acto de corrupción, logro que un guardia me acompañe al locutorio en el área de alta seguridad. El sicario termina por acudir al encuentro y sentarse frente a mí. Tengo la impresión de que sus músculos están más grandes desde la última vez que lo vi y de que su cráneo rapado tiene nuevos tatuajes grisáceos que se entrelazan con los demás.

– Hola, No-Name.

– ¿Por qué me miras así, Eriksen? Si quieres uno igual tendrás que venir aquí dentro para que te presente a mi tatuador– dice divertido, con su voz forzada–.

Miro la enorme cicatriz que forma en su garganta un collar ampuloso, y me pregunto si sus cuerdas bucales también resultaron heridas cuando intentaron cortarle la cabeza. Su timbre de voz no va en lo absoluto con su físico fornido y musculoso. Sus grandes manos tienen los nudillos heridos y su cuerpo es como el de un toro. Sin mencionar el cupo de caza de todas las personas que mató fríamente.

– ¿Pudiste informarte? –pregunto suspirando e ignorando su réplica anterior–.

– Depende de qué.

– Lo sabes muy bien.

– ¿Acerca de la vida que te trae aquí, Eriksen...? –se burla–.

– Deja de jugar conmigo.

– Está bien, relájate, soldado. Se puede bromear un poco entre viejos amigos– se mofa No-Name–.

– O también puedo largarme en cualquier momento y dejarte aquí. Esa es la diferencia entre tú y yo.

– Es lo que tú crees...

– ¡OK, nos vemos pronto! –digo, levantándome para poner fin a esta maldita visita–.

– Nadie en el medio conoce a los dos tipos que secuestraron a la pequeña Cox–me informa al fin, para retenerme–.

Me quedo de pie, hastiado, pero, con un gesto enfático en el mentón, lo incito a que continúe.

– Desaparecieron de la ruta. En cuanto llegaron a no sé dónde, volvieron a irse. Al parecer, con un buen botín.

– ¿Quién lo pagó?

– No tengo esa información.

– Haz que tus contactos se muevan. Necesito saber quién lo ordenó.

– ¿Para qué? ¿Para tener el placer de volver a venir a verme? ¿Y poder mirarte en el espejo? Es muy lindo que hagas todos estos análisis mentales... –ironiza No-Name–. Pero, no te preocupes, amigo, no necesitas buscar pretextos. Seguiré recibéndote en mi cabina cada vez que vengas a buscarme...

– Vete al carajo, No-Name –digo antes de alejarme a paso veloz–.

– ¿Qué pasa, Eriksen, ya te vas? ¿Tienes prisa de enviar tu pequeño sobre a Tilly Gomez?

Me detengo por un momento. Este imbécil sabe cómo impedir que me vaya y, sobre todo, sabe demasiadas cosas acerca de muchas personas. Incluido yo. Doy media vuelta para evitar caer en su juego. Mientras me voy, apenas lo escucho gritar:

– ¡Vuelve cuando quieras, amigo! Te estaré esperando.

Tengo unas ganas furiosas de dar media vuelta para romperle los dientes uno por uno y borrar la sonrisa que debe formarse en su hocico de sicópata en este momento. Me conformo con salir de la prisión rápidamente. Ya no sé siquiera a qué carajos vine a este lugar. No me dijo nada nuevo, sólo confirmó lo que yo ya sabía. Su extraña voz delirante sigue sonando en mi cabeza como un eco.

A partir de ahora, todas las visitas a No-Name me dejan un sabor amargo y metálico en la boca. Quizá es el sabor de la sangre, el mismo que tiene en las manos y el que cree que tenemos en común. Cada vez soporto menos su manía de hacerse el psicólogo y de compararme con él, con ese sociópata, asesino de la peor especie. Cada vez mis visitas a San Quentin son más cortas y un poco más tensas. Tendré que empezar a considerar dejar de hacerlo.

De regreso a L.A., al día siguiente, busco a Valentine que se divierte perdiéndome entre dos reuniones, en el laberinto de los pasillos de la torre Cox. En realidad no me importa lo que realmente está haciendo ni con quién. Sólo quiero que la pequeña malcriada no se me escape. Físicamente, pues. En fin, sólo yo me entiendo. La encuentro en la recepción de su piso, con una sonrisa traviesa un poco falsa en sus rasgos finos y falsamente inocentes, detrás de Faith, su asistente que debe medir cerca de un metro ochenta.

– Te encontré –digo en voz baja–.

– No me estaba escondiendo–contesta cuando me ve– ¡Sólo intento encargarme de los miembros de tu familia que hacen perder tiempopreciado a mis colaboradoras!

– ¿Mi fam...? ¡¿Samuel?! ¡¿Qué estás haciendo aquí?!

– Estaba hablando cordialmente con esta señorita tan encantadora cuando...

– Detente –lo interrumpo–.

– Sobre todo porque acaba de hacer exactamente lo mismo con Payton, la telefonista que se fue

llorando al baño, hace un momento, en cuanto vio que tu hermano se interesó en Faith.

– Yo me encargo de esto, Valentine. En verdad eres un lindo regalo– murmuro a mi hermano–.

Me sonrío de la manera más repugnante y retrocede a medida que yo avanzo hacia él.

– Por lo que veo, sigues sin tener ganas de ir a tomar una cerveza– constata mientras ríe–.

– Te lo repito: ¿Qué estás haciendo aquí?

– ¿Está prohibido por la ley venir a ver a su hermano al trabajo?

– Estás respondiendo a mis preguntas con preguntas, ¿es en serio?

– Willy está mal–declara Sam–.

– ¿Ahora qué le pasa? –pregunto, mordiendo el anzuelo como un imbécil–.

– Se está dejando morir. Le doy las últimas gotas de mis cervezas y ni siquiera las quiere probar.

Creo que te extraña demasiado. Estoy pensando en llamar al servicio social para reportar el abandono familiar...

– Samuel Torres, no me fuerces a arruinar tu hermoso hocico de ángel.

– OK, es sólo que me estaba aburriendo– confiesa– ¡Nunca nos vemos!

– Encuentra una novia y deja de jugar al esposo abandonado conmigo–lo amenazo–.

Detrás de nosotros, escucho la risita discreta de Valentine. No me había dado cuenta de que seguía aquí y que nos escuchaba sin siquiera esconderse.

– Puedes tomarte un descanso, Nils. No me moveré de mi oficina. ¿Sabías que tienes derecho a días de descanso? – me sonrío, como si esta discusión con mi hermano la hubiera enternecido–.

– No te preocupes. Dame cinco minutos para deshacerme de él.

Pongo mi brazo sobre los hombros de Sam, como un simple gesto fraternal, sólo que presiono bien fuerte su cuello para llevarlo más lejos de ella.

– Tienes que irte...

– De hecho– comienza a hablar como si no me hubiera escuchado– ahora que hablas de encontrar una novia, ¿la pequeña malgache de trenzas sigue por aquí?

– ¿Aïna? Creo que viaja mucho pero sigue en Estados Unidos. No dudes en ir a buscarla.

– Sería demasiado cansado... ¿Entonces qué opinas de Faith?

– Está un poco ocupada. No es tu estilo– digo para disuadirlo– Ahora lárgate–.

– ¿Ocupada? Yo podría arreglar eso.

– ¡¿Qué?!

– Me tomó una buena media hora lograrlo. Me rechazó dos veces pero la tercera logré que me diera su teléfono.

– Seguramente es falso...

– ¿Entonces quién me está mandando mensajes de texto? –se burla mientras agita su iPhone cerca de mi cara, con una actitud victoriosa–.

– Bueno, ya vi que encontraste una nueva ocupación. ¡El ascensor está por allá!

En ese momento, las puertas se abren y escupen otro energúmeno en los pasillos de la torre Cox: Milo De Clare, el enamorado atemorizado de Valentine. Mi hermano entra antes de que el ascensor se cierre y luego me hace un gesto para decirme adiós mientras guiña el ojo de manera estúpida. Estoy contento de ver que se vaya pero no estoy seguro de sentirme mejor con este intercambio.

– ¿Señor Nilsen, verdad? –dice el joven con traje mientras me da la mano– ¿Valentine está aquí?

– Nils Eriksen. Y soy su guardia, no su secretario– le respondo con una sonrisa que significa « no estoy bromeando ».

Luego hago que se acuerde de mi nombre, estrechando fuerte y virilmente su mano. Sus huesos van a acordarse de mí un buen rato. La telefonista regresó a su puesto y él le pide (sin siquiera un

buenos días) que le diga a « Miss Cox » que « Mister De Clare » la espera « impacientemente » en la recepción. Y obviamente no da las gracias. Todos estos hombres ricos no pueden decir ni una sola frase amable. Maldito imbécil.

Hace poco tiempo, habría pensado que ese hombre era justo el tipo que necesitaba Valentine, un hombre ambicioso, rico, bien parecido, con todo en su lugar... pero un poco arrogante. Usa demasiado el teléfono para estimular su intelecto. Aunque la verdad creo que después de cruzarse tanto en las fiestas de chicos ricos, aquí en la torre o, evidentemente, en el territorio de Cox, no creo que tengan tantas cosas de qué hablar.

Sin embargo, creo haber entendido que fue un acuerdo de Darren. De Clare es el tipo ideal, así que su descendencia va a aceptar gentilmente unir su fortuna con la suya, cuando se haya hartado de holgazanear y esta parejita perfecta cree otro pequeño imperio de bebés ricos con pequeñas cucharas de oro. ¡Súper, qué buen futuro! Aunque no estoy seguro de que la princesa rebelde esté contenta con esta unión acordada. Pero al final, a mí no me importa. Ese es problema de ella.

Sólo me divierte incomodar al dandy. Todo lo tiene asegurado por completo. Su vida es como una película donde todo es fácil, donde todo está calculado y escrito. Creo que le pusieron la alfombra roja en cuanto salió del vientre de su madre. Pobre mujer. Tengo que hacer un poco de justicia por ella. Por eso, cada vez que piensa que estará solo con Valentine, yo llego *discretamente*. Acelero antes de que él pueda abrir la puerta de mi hummer para recibir elegantemente a la « Miss Cox », sólo para que se esfuerce un poco, para ver que su cabello se agita y sude un poco su bigote. A veces, interrumpo sus citas galantes pretextando algún asunto de seguridad. Uno tiene que ser profesional. Incluso una vez estornudé violentamente justo cuando intentaba besar a su maldita « prometida ».

¿Qué? Un noruego también puede estar resfriado.

No me gustaría que Valentine crea que la estoy pretendiendo o que estoy comenzando a luchar en esta supuesta pelea de gallos con él. Es sólo que no me gustan los « nuevos ricos ». No me parece mala idea que Milo de Clare sufra un poco. No voy a quedarme quieto para dejarle la vía libre. Si me lo encuentro en el camino, sólo tendrá que quitarme de ahí. Ríe discretamente.

– Mister De Clare...–duda en decir la telefonista con una pequeña sonrisa forzada– La señorita Cox se disculpa pero desafortunadamente tiene un imperativo personal y tiene que cancelar su cena.

– Puedo esperarla– contesta con un tono molesto–. Voy a cambiar la hora de la reservación–.

– Su asistente me dice que la señorita Cox estará disponible hasta tarde, en la noche. En verdad está muy apenada.

Un segundo más tarde, el moreno toma su teléfono del bolsillo interno de su saco y lee el mensaje que acaba de recibir mientras murmura velozmente:

– « La reunión se hace eterna y luego tengo una videoconferencia que acaba después de las 10 pm. *Sorry*. No me esperes. Te llamo mañana. »

De Clare pasa la lengua por sus dientes perfectos, verifica que nadie haya escuchado esta humillación, y luego mira su enorme reloj, como si acabara de recordar que tenía otra cosa que hacer, ahora, justo en este instante. Hace como si tuviera que irse sin siquiera decir adiós. Lástima: el ascensor se tarda en subir y después en bajar. La telefonista mira hacia otro lado para no molestarlo. Yo no. Me quedo mirándolo presionar como enfermo el botón de la planta baja, con una mano en el bolsillo para verse relajado. Le digo un « ¡Buena noche! » y mientras pienso que a veces la vida hace justicia sola.

En vista de que estoy bloqueado aquí por un momento, me permito sentarme en una especie de sala de espera *open space*. Es el puesto perfecto para observar. Sentado en este gran sillón, cuadrado pero cómodo, tengo una vista panorámica hacia el acuario de cristal que funciona como sala de reunión y

hacia las oficinas de este piso. A través de las ventanas de cristal, puedo mirar a Valentine, con las piernas cruzadas y, al parecer, relajada. Se ve hermosa con ese traje masculino, con todo y corbata. Se ve extrañamente muy femenina. Es como Natalie Portman pero con más clase. Así se ve esta noche y me agrada saber que De Clare se perdió este espectáculo.

Creo que no estaba tan relajada, si juzgo por la mirada que acaba de lanzarme cuando sale del acuario. Le respondo con un ligero movimiento de cabeza, para decirle « aquí estoy. Todo está bien », pero no estoy seguro de que esa fuera la pregunta que me hizo con los ojos. Digo discretamente a mi erección que se calme y me hundo en el sillón. Soy muy profesional. Mi cuerpo suele tener ganas de ella pero mi mente sabe que es una mala idea. No puedo hacer correctamente mi trabajo si tengo una relación personal con mi cliente. Y no soy de los que mezclan el trabajo con la vida íntima. Aunque todo sería más sencillo si no pareciera que la pongo nerviosa. Su hermosa boca y sus ojos negros a veces parecen estar deseándome.

Cuando sólo se trata de un impulso físico, sé manejar la situación. Soy goloso con las mujeres y con otras cosas. Y sé manejar mis antojos. El problema es cuando siento impulsos sentimentales. Y esto es más difícil desde que me di cuenta de que Valentine-Laine no es una hija malcriada, ni la princesa que pensé. Ni cuando supe que vivió cosas muy difíciles con su madre depresiva y con los imbéciles hombres que tuvo como padrastros; o la violencia intrafamiliar; las responsabilidades que tuvo que afrontar desde muy joven... Me siento un poco más cercano a ella. Conozco todo esto por experiencia. Es por ello que reacciono instintivamente para protegerla, tranquilizarla y quererla. Por eso a veces pongo una mano sobre su espalda baja, y mis dedos se enredan en su nuca...

Son cosas que un *bodyguard* no hace y que ella no debería dejarme hacer.

Un ruido fuerte de puertas y de sillas interrumpe brutalmente mi análisis. La reunión terminó. Los participantes salen de la sala. Algunos se dicen hasta pronto, hasta mañana. Las luces de las oficinas se apagan y el piso queda vacío. Valentine pasa frente a mí sin siquiera mirarme. Menos mal. Me levanto y la sigo. Está caminando un poco más rápido y enérgicamente. De hecho, creo que le gusta hacer esto. Tengo ganas de hacer que se enoje. Parece que no está de buen humor. Entonces, le abro la puerta de su oficina, amablemente. Ella me cierra la puerta en la cara, muy descortés. Y excitante.

Me recargo en la pared de enfrente y, sin entender las palabras, escucho que hablan en diferentes lenguas. Sin duda es una videoconferencia entre varias personas. Los diferentes husos horarios explican por qué la cita se hace a esta hora. Creo que Valentine trabaja demasiado. Como yo. Malditos niños que tuvieron una infancia difícil. Siempre se vuelven tenaces.

Pasa una larga hora para que vuelva a haber silencio. Sólo dura un poco. Demasiado. Estoy agotado. Me gustaría ir a casa. Llévame. Me acerco silenciosamente a su puerta. Es la única oficina que aún está encendida. No debería entrar pero lo hago. Y lo que veo me quita el aliento, como un buen golpe en las costillas. La encuentro tirada sobre el sillón, con los ojos cerrados, los pies descalzos, cruzados sobre su escritorio bien acomodado. Se ve asquerosamente hermosa, frágil y a la vez agotada, carismática y desamparada. Mi cuerpo y mi cabeza riñen dentro de mí. Mi voluntad sabe que lo más testarudo dentro de mí es mi deseo. Debería forzarme y luchar para resistir, pero no lo logro. La quiero a ella. Maldita princesa. Sólo espero que me diga que ella también quiere. Por ahora, hace como si no se diera cuenta de mi presencia. Eso es casi como un sí. Avanzo, ella me escucha (lo sé por su sonrisa fugaz que desaparece de inmediato). No abre los ojos. No se mueve ni un milímetro. Este jugo me confirma que está de acuerdo. Sin apresurarme, paso su escritorio y voy detrás de ella. Acerco mis manos a sus hombros frágiles, los rozo, los acaricio. Valentine esboza una sonrisa cuando la toco. Ronronea de placer cuando la masajeo. Suspira cuando empiezo a desvestirla. No estoy soñando: sus labios acaban de decir un « sigue ». Rayos, eso es un sí.

Esta chica siempre me sorprenderá. Y esta noche no ha terminado de maravillarme.

Detrás de Valentine, deshago los botones de su camisa, uno por uno, de abajo hacia arriba. Siento que vibra cada vez que mis dedos rozan su piel. Tengo que retenerme para no arrancar la solapa de su camisa de un solo movimiento. Aunque creo que le gusta esto, ir lenta y suavemente.

Presionando un poco el respaldo, hago que el sillón se voltee y ella flexiona las piernas como reflejo. Así es como la maldita princesa se encuentra frente a mí, sentada, aún vestida. Lo único que se ve es la banda de piel desnuda y bronceada de su vientre. La corbata que trae puesta todavía me impide ver más. ¿Traerá sostén?

Valentine posa sus ojos negros y traviosos sobre mí. Luego lleva sus manos al nudo ligero de su corbata, como para facilitarme la labor.

– Déjatela.

Quería murmurar pero mi voz ronca suena un poco más fuerte. Me obedece, poniendo suavemente sus brazos sobre el sillón. Aunque todavía no ha dicho la última palabra. Me habría sorprendido si lo hubiera hecho.

– Pensé que el hombre hambriento que eres iba a querer un poco más...–se sorprende–.

– Se puede ser goloso y paciente.

– Quiero ver eso–me dice simplemente–.

No me gusta realmente recibir órdenes de ella pero en la boca de esta chica siempre hay cierto desafío y provocación. Si no me cree capaz de hacerla esperar, estará decepcionada. O todo lo contrario.

Me arrodillo frente a ella. Lo hago delicadamente para que no tenga ganas de tratarme como a un caballo. Abro suavemente sus piernas para acercarme un poco más y su pequeño cuerpo se tensa al ver que el mío se acerca. Tengo unas ganas furiosas de recostarla sobre el piso, ahora mismo, y desvestirla salvajemente, pero me controlo. Asumo mi responsabilidad. Con los movimientos más lentos posibles, deslizo mis manos por sus hombros, exactamente entre la tela de su camisa y la de su saco. Tuve cuidado en rozar sus senos. No hay sostén a la vista. A menos de que sea muy discreto. Con una mano sobre su nunca, hago que se incline hacia adelante, luego dejo que resbale su saco a lo largo de sus brazos. Sólo le he quitado una de sus prendas y mi pantalón ya se siente apretado.

Con su camisa blanca, abierta por completo, Valentine se hunde de nuevo en su sillón. Recarga la cabeza en el respaldo y su pequeña nariz me desafía. No deja de mirar mis ojos. Parece estar diciéndome « Por ahora, lo estás logrando, pero no lo lograrás mucho tiempo ».

Ella perderá. Entre más esté segura de que voy a fallar, más tendré cuidado. Soy el tipo de hombres tan tenaces que siempre responden « sí puedo » cuando se les dice « ¿No eres capaz de hacerlo? ». Mi dedo índice roza su ombligo y luego baja. Esto parece ser muy fácil. Acercó mi boca y, con los dientes, desabrocho su pantalón, a la altura de la cintura. Hago lo mismo con la bragueta. Podría hundir completamente mi rostro entre sus piernas para devorarla, pero me conformo con suspirar. Mi respiración caliente eriza su piel irresistible. Es una reacción química. Puede fingir ser indiferente tanto como quiera pero su cuerpo siempre dirá la verdad.

Apenas levanto un poco sus nalgas para deslizar la tela sedosa y me tomo el tiempo necesario para liberar cada una de sus piernas, dejando que mis dedos acaricien el largo de sus extremidades, por la parte interna, hasta sus tobillos finos. Lo que sigue es asunto de sus pantaletas y mío. Maldito encuentro. Valentine se arquea y me coquetea. Desgraciada. Sabe hacerlo muy bien. Me muerdo la mejilla para impedirme morder los muslos desnudos o desgarrar esta estúpida tela ajustada. En vez de eso, pongo delicadamente mi boca sobre su sexo aún vestido. Puedo sentirlo húmedo, ardiente y despidiendo un discreto perfume suave y dulce. Es una tortura no poder comérmelo.

– Volveré pronto –le murmuro al clítoris invisible que me seduce detrás de su cortina negra–.

Levanto los ojos hacia su propietaria. Me sonrío, divertida. Sus labios vuelven a ponerse serios cuando los miro fija e intensamente, pero siguen entreabiertos, como si le faltara el aire. O como si esperaran que la besara. No lo haré aún.

Me vuelvo a poner de pie, doy algunos pasos hacia atrás y comienzo un strip-tease, ya que hoy uno tiene que hacer todo por sí mismo en esta maldita torre. La princesa encerrada en su torreón me mira desvestirme, como si no hubiera visto el cuerpo de un hombre desde hace una eternidad. Sus ojos brillantes la traicionan. Lanzo mis zapatos a una esquina y mi camisa directamente sobre ella. Hay que hacer las cosas bien. La veo entreabrir la boca cuando me deshago de todo el resto con un solo movimiento: pantalón, bóxer y calcetas. Lo único que me salva ahora es mi billetera que pongo sobre una esquina del escritorio. Podría servirme. O servirnos, ya que conozco a alguien que no tiene realmente ganas de esperar.

– Haces trampa...–balbucea con su voz atrapada en el fondo de su garganta–.

– Es mi juego, son mis reglas.

Le sonrío. Si supiera que me muero por tomarla. Mi erección empieza a lastimarme pero no me importa el dolor porque sé que el remedio será delicioso. Se levanta de su sillón, invadida por su orgullo. Yo no soy para nada un hombre que sepa de arte pero pronto encuentro la imagen perfecta: Valentine Laine, de pie, en la única oficina alumbrada de una torre fría y sin alma. Afuera es de noche. Tiene la camisa blanca entreabierta, pantaletas negras y corbata, una mirada sombría que grita en silencio y su alma que se revienta de impaciencia.

Ahora tengo que hacer grandes esfuerzos para no ir a ponerla contra la pared. Si tan solo pudiera dejar de mirar... ahí. Me acerco con pasos de lobo, levanto suavemente su barbilla para que sus ojos miren los míos y me inclino para rozar su boca que me vuelve loco. Evidentemente, su boca está roja, carnosa, es una boca voluptuosa para este rostro de rasgos finos. Es el toque de sensualidad que faltaba en medio de esta belleza andrógina, casi fría, que juega suciamente. Esta mujer es un misterio.

En vez de besarla, la sigo desvistiendo. No quiero nada más que a ella, su corbata y a mí. Quiero resolver el enigma del sostén. Deslizo su camisa a lo largo de sus brazos y sus senos se revelan ante mí, pequeños, finos, firmes y terriblemente excitantes. Muero de ganas de apoderarme de ellos o de morderlos. Valentine sigue mostrando esta actitud traviesa, provocadora y falsamente bajo control, pero tengo la prueba perfecta de su deseo. Veo que sus pezones se ponen duros y que la traicionan, justo frente a mis ojos. Me acerco más. Mi sexo se pone duro y rosa su vientre plano.

Bajo progresivamente, a algunos milímetros de ella, pasando frente a su rostro, entre sus senos; luego por su corbata hasta descubrir su ombligo. Deslizo finalmente mis dos pulgares bajo las costuras de sus pantaletas y desaparezco esta maldita tela ajustada, lejos de mí

– Hay información que falta en tu expediente...–suspira de pronto–.

– ¿Cuál?

– Nils Eriksen también hace strip-tease de vez en cuando. Tiene mucha paciencia y es capaz de ponerse a mis pies.

Esbozo una pequeña sonrisa, arrodillado frente a la insolente. Luego vuelvo a subir para dominarla desde lo alto.

– ¿Sólo eso? –insisto en voz baja–.

– Señas particulares: le encantan las corbatas femeninas.

Valentine sabe cosas acerca de mí pero ignora todo lo que hay en ella que podría volverme loco. Su hermosa boca, sus pequeños senos sin sostén, sus tobillos minúsculos, su nuca desnuda debido a su corte de cabello de hombre, su olor. Y, lo que más ignora es todo lo que me gustaría hacerle con

esa maldita corbata. Vendarle los ojos, atar sus manos... pero sé que aún no está lista para darme tanta confianza como para entrar en ese terreno. Sin embargo, siento que se está dejando llevar. Cada vez un poco más, que tiene ganas de jugar conmigo.

Entonces invento un nuevo juego sólo para ella. Con la punta de su corbata de seda, rozo sus pezones duros, uno después de otro. La desato y la deslizo suavemente por su cuello. Luego dejo la tela bajar a lo largo de su cuerpo frágil, rozar su vientre que vibra, deslizarse sobre la piel fina de su ingle, acariciar su sexo en mi lugar, sólo un poco, como si fuera una pluma.

Valentine suspira y gime mientras su deseo se vuelve cada vez más grande. La siento empapada, temblando y frustrada. Quiero tomarla pero espero aún a que me reclame, que pierda nuestro pequeño juego de paciencia.

– Tus manos, tócame con las manos...–susurra, quejándose–.

– Aún no– sonrío volviendo a pasar la corbata entre sus labios–.

– Tu boca...–dice poniendo su mano sobre mi mejilla y su pulgar sobre mi boca–.

– Pronto– gruño entre sus dedos–.

– Tu sexo...–ordena esta vez–.

Pasa de la palabra a la acción tomando con toda la mano mi sexo. Aún de pie frente a mí, me toca con cierta urgencia que me fascina. Le sugiero en voz baja que me acaricie más fuerte y ella obedece mis órdenes por primera vez. No tengo ganas de forzarla pero me encanta verla dejar de ser discreta. Valentine acelera y me enloquece, como me gusta. Sólo hay una bola de deseo que logrará liberar. Esta chica que quiere controlar todo, esconde dentro una amante explosiva, apasionada. Lo sentí desde nuestra primera vez y muero de ganas de verla soltarse. Ella que parece huir de todo tipo de violencia. Quiero mostrarle que puede disfrutar cuando le piden hacer algo y cuando quieren someterla.

Me muerde un pezón sin avisarme y el dolor me hace sonreír. ¿Estoy soñando o me está agrediendo? Suelto la corbata y levanto a Valentine del piso para sentarla bruscamente sobre su gran escritorio. La pequeña lámpara cae y se estrella en el piso. A nadie le importa. La maldita princesa encaja las uñas en mis nalgas para acercarme a ella. Justo tengo tiempo para sacar un condón de mi billetera que también se cae. Esto sólo aumenta mi deseo. Tomo su cadera, me inclino para besarla y nuestro sexo se une al mismo tiempo que nuestra boca, en una explosión de sensaciones. Gruño como un salvaje. El remedio es aún mejor que en mis recuerdos.

Como un loco, hago todo lo que no suelo tener permiso de hacer antes. Pellizco sus senos, rodeo su cintura estrecha con mis grandes manos, hundo mis dedos en la piel de sus muslos, la beso en la boca mientras me deslizo dentro de ella, primero lentamente, hasta que Valentine se abre, hasta que su ritmo se une al mío. Pronto, nuestra cadencia es evidente, firme y desenfrenada. Escucho a Valentine gritar cada vez que mi cadera choca contra la suya. La veo agarrarse de la orilla del escritorio y luego tomar mi nuca. Siento cómo tiembla y pierde el control. Tengo ganas de explotar pero estoy esperando a que ella esté igual. Sólo tiene que dejarse ir. Me meto en lo más profundo de ella con un último golpe de cadera que le corta la respiración. Ella me jala el cabello y finalmente se deja ir, se desborda. Su grito de éxtasis me provoca placer. Nunca había gritado tan fuerte. La abrazo mientras los dos temblamos, con los ojos cerrados y el cuerpo abatido.

Su orgasmo dura y Valentine termina mordiéndome violentamente el hombro, como para vengarse.

– ¿Y ahora quién es la hambrienta? –murmuro sonriendo–.

Con la respiración agitada, los ojos brillantes y las mejillas enrojecidas, ella también ríe. Puedo apostar que la mujer pacífica tiene ganas de abofetearme.

4. ¿Qué más sabes?

Valentine

– Lo lamento, princesa, es una urgencia...

Nils acaba de estacionar su tanque, haciendo rechinar los neumáticos, justo frente a una pequeña casa de fachada blanca y de ventanas de madera con pintura vieja. Nunca había metido los pies en este barrio y no sé qué estamos haciendo aquí. Lo único que entendí, en el camino, es que mi guardia tiene ganas de matar a alguien. Su blanco es Samuel Torres, su hermano, alias « el que pronto no tendrá ni un solo diente ». Al parecer su hermano tenía que ocuparse del misterioso « paquete » pero prefirió dormir fuera de casa dos noches seguidas.

– Maldito irresponsable... –gruñe el vikingo–.

– Ya lo dijiste. ¿Insulto siguiente? –sonríe mientras miro la calle desierta–.

– Lamento haberte traído aquí–murmura Nils–.

Abre la puerta del auto y toma todas sus cosas (teléfonos, audífonos, documentos aquí y allá y otros objetos no identificables). Mete todo en sus bolsillos mientras yo lo observo silenciosamente. Desde nuestro último « derrape descontrolado », incluyendo cierta corbata unos días antes, no ha cambiado de comportamiento. Sin embargo, Nils que se disculpa dos veces seguidas, está anormal. Hasta me preocupa. Sale del auto, dando una vuelta rápida y diciendo:

– No me tardo. Sube la ventanilla y ponle los seguros a las puertas.

– ¡A tus órdenes!

Sin preguntarle su opinión, salto también de la hummer y azoto la puerta detrás de mí. El coloso me mira, como si estuviera dudando entre dos opciones: regresarme *inmediatamente* al auto (por fuerza) o volver al volante para aplastarme con el auto y terminar conmigo de una vez por todas. Creo que está muy enojado.

– No tengo *ningunas* ganas de jugar, Valentine–me regaña– No deberías estar aquí. Debí haberte llevado a Santa Mónica a esta hora.

– No tengo doce años y medio, no hay toque de queda, no tengo planes para esta noche y no veo ningún francotirador que me esté amenazando. Y tengo muchas ganas de descubrir ese « paquete ».

Después de decir esto, avanzo y atravieso el pequeño portón blanco, cruzándome en su camino. Troto hacia la puerta de la entrada cuando, de pronto, su enorme mano me toma de la cintura y me detiene por completo. Intento escapar pero Nils me toma más fuerte y clava su mirada gris en mis ojos.

– Te quedarás cerca de mí–me ordena con su voz grave–.

– ¿Si no, qué?

– Si no, podrías desangrarte.

– ¡¿Qué?!

– Nunca dije que el « paquete » fuera civilizado... –balbucea mientras gira la llave dentro de la cerradura–.

Cada vez estoy más curiosa (y un poco confundida), entro en la casa y descubro una gran pieza de entrada completamente vacía. Después hay una sala con muebles extraños que huelen raro. Nils me

hace una seña para que lo siga mientras abre las ventanas para dejar entrar el aire a la planta baja.

– ¡Willy! –grita hacia el piso de arriba– ¿Dónde te escondes, amigo?

– ¡El marsupial! –grito al entender al fin– ¿Él es el « paquete »?

– Qué inteligente...–murmura el gigante–. Seguramente volvió a quedarse dormido en la bañera.

Subiré. Quédate aquí.

En este momento, sería inútil insistir para acompañarlo.

– Ah, oye, ¿Valentine? –dice volteando–.

– ¿Sí?

– Recuerda lo que te dije la primera vez. Cuando lo veas háblale gentilmente. *Muy* amablemente...

No sé si está hablando en serio o no. Prefiero contestar con un « no » pero es imposible confirmarlo pues Nils ya está subiendo las escaleras de tres en tres.

– ¿Es broma? ¿Nils? ¡Nils!

No hay respuesta.

Me recargo en la pared de la sala y examino la pieza mientras Nils va a buscar a su animal salvaje. Y sin domesticar. Como él. De pronto, me da risa imaginar a Nils Eriksen acariciando a un hámster o a un perro chihuahua.

Ni lo pienses, Valentine.

Como quiera... Un chihuahua con un bonito abrigo...

Retomo mi inspección de la zona. Hay un sofá de piel raída, un sillón (que no combina) con una tela que casi es una malla, una mesa de centro metálica y abollada, una vieja consola de madera sin barniz donde está una pantalla plana. Esto es todo lo que amuebla la casa. Parece como si todo esto lo hubiera sacado de un cobertizo o de una fábrica en quiebra. Al menos todo está limpio y ordenado. Mis ojos recorren rápidamente las paredes más o menos blancas, el entarimado del piso mal puesto y el gran ventanal que lleva al jardín trasero. En el piso de arriba, escucho que abren y cierran puertas y la voz de Nils que parece impacientarse.

Es en este momento cuando me doy cuenta de que no soy la única en esta pieza y de que dos ojos exorbitantes me miran con desconfianza. Me está mirando desde su escondite, detrás del sofá. Doy un salto y doy un grito estridente cubriéndome la boca. El marsupial (que seguramente pesa la mitad de lo que yo peso) sale de su escondite mostrándome los dientes y dando gruñidos de descontento.

– ¡Nils! –digo (no muy fuerte para intentar no asustar a la bestia). Nils, ¿me escuchas? Creo que lo encontré...

– No te le acerques–me ordena con calma el vikingo que ya está en las escaleras– Quédate de espaldas a la pared y no lo mires directamente a los ojos.

– ¡Está... está avanzando! –lloriqueo mientras el gran oso hambriento se me acerca–.

– ¡Willy, amigo, soy yo! –le recuerda Nils– ¿Así es como me recibes?

El monstruo peludo deja de contemplarme como a una presa y pone su enorme trasero en medio de la pieza. Respiro al fin mientras el vikingo intenta domarlo. Se inclina y lo acaricia, pero el animal analiza a su amo con una mirada de desprecio. Al parecer no le gustó mucho que lo abandonara.

– Lo siento, amigo, pero al que tienes que comerte es a Sam, no a ella...

Después de algunas caricias, la bestia está recostada sobre el lomo, con las cuatro patas al aire, ronroneando con las caricias de su amo.

– Es feroz... y luego dócil. Eso me recuerda a alguien– digo sonriendo insolentemente–.

Nils se muerde las mejillas por dentro para evitar sonreír. Luego va a abrir el gran ventanal. La bestia corre hacia el exterior y descubro un jardín destruido, con arbustos tirados, el césped arrancado y un banco de madera medio mordisqueado. Su amo abre el saco de frutas que trajo y echa

la fruta por todos lados.

– Se aburre un poco de estar aquí... –me explica–.

– Tendrás que encontrarle una novia– digo inocentemente–.

– O no– refunfuña Nils mientras va a buscarlo–

Por diez minutos, Nils intenta hacer correr a su marsupial que no tiene ganas de hacerlo. Lo que le gusta a él es descansar mientras come fruta y algunos hebras de césped que aún sobreviven. Me río a carcajadas cuando el coloso se recuesta en el piso y su « amiguito » se avienta alegremente sobre él. Willy se me acerca varias veces, todavía desconfiando, antes de esfumarse como loco. Luego termina aceptando el cuarto de manzana que le ofrezco y yo exteriorizo mi alegría diciendo expresiones tiernas y bobas. Y él a cambio vuelve a gruñirme, poco amigable.

Le tomo una foto cuando su pequeña lengua pasa sobre su enorme nariz y no me resisto al placer de enternecer a Aina a lo lejos. Subo la foto en un mensaje y se lo envío, precisando:

[Pista: Soy la mascota de cierto neandertal. ¿Quién soy y de dónde vengo? ¿De Australia, del país de los Ositos Cariñositos o de Marte?]

Mi teléfono vibra al minuto siguiente.

[¿De quién hablas? ¿De la enorme cosa peluda (¡que me dan ganas de acariciar!) o de tu apuesto hombre tatuado?]

[No es MÍ hombre tatuado...]

[See, claro... Es de alguien más...]

[Tú ganas. Ya no más marsupiales. (¡En la próxima foto te iba a sonreír!)]

[¡Perdón! ¡Retiro lo dicho! ¡Quiero ver!]

Le envío rápidamente la foto de la pequeña bestia (que no sonrío realmente pero que tiene un pedazo de manzana atorado en los dientes y eso hace que uno de sus labios se doble) y observo a Nils que regresa de su travesía en el fondo del jardín. Sonríe y está ligeramente despeinado. Se ve mucho más relajado después de haber pasado quince minutos de locura con su marsupial regordete.

– Ya se sació. Comió muchísimo. Ya podemos irnos.

– ¿Vamos a dejarlo solo? –me preocupo–.

– Sam acaba de jurarme que regresará mañana para ocuparse de él– suspira el rubio– ¿Por qué? ¿Quieres tener un nuevo compañero de piso?

– Si es necesario...

– Willy no necesita vivir en un castillo de princesas. Es un animal solitario que duerme veinticuatro horas al día. Éste es su hogar. Aquí se siente bien. ¡Así que ya vámonos!

Cuando salimos de la pequeña casa de Sycamore Avenue, el marsupial ya está profundamente dormido sobre el sillón, sobre el lomo, con el vientre enorme a punto de explotar.

– ¡Narcolepsia, es eso! –río mientras sigo a Nils hasta su hummer–.

– Ten cuidado con lo que dices de él– me sonrío mi guardia, amenazándome falsamente–. Si te metes con Willy, te metes conmigo...

– Qué lindo– digo irónicamente– Papá oso saca las garras...

– Súbete, ponte el cinturón y cierra la boca– me dice el salvaje–.

– OK, sólo esta vez– concluyo, satisfecha–.

¡Siempre quiere tener la última palabra, siempre!

Ya no sé cómo reaccionar. En verdad no lo sé.

No es nada fácil entender lo que trama la mente de Nils Eriksen. Desde nuestro primer encuentro en Madagascar, sólo me he acostado tres veces con el vikingo. Sólo tres. Es un número razonable. Lo que no lo es tanto es todo lo demás. He fantaseado un millón de veces cuando vuelvo a pensar en sus besos fogosos y en sus movimientos de cadera. He soñado con él casi cada tercer día y he soportado su mal humor y sus modales de cromañón el resto del tiempo... Luego me acostumbré a él, hasta he pensado que algunos de sus defectos son encantadores.

¡Peligro!

Es indescriptible. Su omnipresencia (que él intenta hacer discreta), su eterna respiración en mi espalda o, más extraño, sus manos sobre mi piel. Sólo intento dejar de preguntarme a dónde nos va a llevar todo eso. Con él no hay promesas, no hay futuro, sólo una gran cantidad de escalofríos que no logro olvidar. Milo intentó hacer lo mismo. Muchas veces le di muchas oportunidades mientras pensaba que no daba realmente la talla. Su hermosa manera de hablar, sus buenos modales y su gran futuro ya no me interesan. Ya no puedo fingir ni acostarme con él. Incluso besarlo se volvió complicado. Ahora sólo mi *bodyguard* logra provocar fiebre en mi cuerpo.

Nils es fogoso, libre e impredecible. Tenemos eso en común. Nuestros encuentros cuerpo a cuerpo siempre son muy intensos. Fuera de eso, nunca nos besamos. Vivimos bajo el mismo techo sin estar juntos realmente. Cohabitamos respetando el espacio del otro. A veces una palabra, una mirada o un movimiento me traicionan. Mi deseo hacia él y mi curiosidad resurgen hasta que logro calmarme. Lo mismo le pasa a él. Una caricia en la nuca, una mano en mi espalda baja, una sonrisa involuntaria, pequeños detalles, movimientos tiernos y espontáneos que no sé cómo interpretar.

O que me niego a interpretar...

Mi guardia se queja del tráfico a esta hora del día. Yo le ofrezco una manzana para calmarlo.

– ¿Crees que soy un maldito marsupial? –balbucea rechazando la manzana–.

– No, era solo para que te callaras...–murmuro antes de morder la fruta–.

Me quita la manzana amarilla y la muerde también, reduciéndola a la mitad. Me siento tentada a morderle el brazo para vengarme pero mi iPhone vibra en el bolsillo de mi pantalón ajustado negro. Lo tomo y descubro un mensaje no leído:

[No me digas que me olvidaste una vez más...]

– ¡Rayos! –grito– ¡Mierda, mierda, mierda!

– ¡Qué? –dice G.I. JOE, frenando precipitadamente–.

– ¡Milo! Tenía que cenar con él dentro de... cuatro minutos.

– Cancélalo–dice Nils levantando los hombros–.

Su mirada está fija, tranquila y mirando el camino, pero sus manos se tensan ligeramente en el volante.

– No puedo. Le hice lo mismo la última vez– digo recordando– ¡Qué tonta soy!

– Quizá es una señal– murmura–.

– ¿Qué?

– Nada.

– Bueno, Llegaremos treinta minutos tarde. ¡Olvida Santa Mónica! Vamos al *Summer* de Beverly Hills. ¡Acelera!

Milo ya está sentado a la mesa, sobre un asiento azul del salón privado cuando llego con él... cuarenta y nueve minutos tarde. El dandy, vestido con su traje a rayas y una mecha de lado, no está

contento con mi percepción de la puntualidad ni con el noruego que me acompaña y que se coloca discretamente del otro lado de la pequeña pieza.

– ¿No pudiste dejar a tu perro guardián afuera? –me dice cuando me saluda de beso–.

– ¡Milo!

– Como buen perro guardián, tengo una audición perfecta, señor De Clare– dice Nils con una voz glacial– Y no pienso moverme ni un milímetro–.

– ¿También tengo la obligación de darle de comer? –contesta el dandy, con amargura–.

– No, ya me comí a diez hombres como tú hoy– dice el rubio gigante, sonriendo–.

– ¿Y si intentamos comportarnos como adultos? –propongo riendo, completamente incómoda–.

– Para eso hay que estar dotado de un coeficiente intelectual superior a doce...– se burla Milo–.

– Y un par de testículos– declara Nils–.

– ¡Por favor! Esperen cinco minutos antes de empezar el concurso de machos. Me gustaría ordenar antes dos tempuras...– suspiro mientras me siento–.

Pasa una hora y no ha habido ningún drama (ni algún concurso extraño). Milo pidió que pusieran música jazz en nuestro pequeño salón para que mi *bodyguard* no escuche nuestra conversación. Nils me vigila mientras controla las actividades de SAFE, golpeteando sobre su tableta y sus teléfonos.

– Ven a vivir conmigo por algunos días, Valentine– insiste Milo– Puedo protegerte y este tipo podría regresar al país de donde vino... Lejos. Muy lejos.

– Ese *tipo* me salvó la vida dos veces y Darren lo contrato. Yo no fui. No tengo nada que decir al respecto.

– Qué novedad– ríe el dandy–.

– ¿Perdón?

– Si *en verdad* quisieras deshacerte de él, podrías, y lo sabes.

– ¿Te refieres a matarlo? Ya lo había pensado...–bromeo–.

– No. Sólo despedirlo. Pero al parecer no puedes estar sin él.

– ¿Qué estás insinuando? –me impaciento–.

– Nada.

El moreno guapo me lanza una mirada difícil de interpretar. Luego, levanta su copa de champán hacia mí para invitarme a brindar.

– Vamos, olvidemos todo. Dejemos de hablar de él... Mejor hablemos de nosotros.

– ¿*Nosotros*?

– Aún tengo esperanza, Valentine. Sigo esperándote...

– Y yo sé que tienes muchas pretendientes– sonrío, sabiendo perfectamente a dónde quiere llegar– Milo, yo no te he prometido nada.

– Lo sé, pero soy un hombre que persevera. Y soy determinado– me sonrío–.

Si hubiera jugado con sus sentimientos, en este momento me sentiría culpable, pero ese no es el caso. Siempre fui completamente honesta con todos mis ex novios. Incluso a veces fui un poco fría. Me encariño y olvido a las personas rápidamente cuando me parece adecuado. No estoy buscando el gran amor ni al marido perfecto. Milo siempre lo supo. Salimos varias veces juntos. Nos acostamos. Y nada más. ¿Acaso espera que pase algo más y que yo me enamore? Sí, claro. ¿Qué probabilidades hay de que pase eso? Cero. Hace algunos meses, pude haber dicho que lo quería, incluso pude haber pensado en algo más a futuro, pero ya se me pasó. Lo que me impide pensar en Milo De Clare es otro hombre.

– El futuro no va más allá del mañana, para mí–le repito gentilmente–.

– Entonces es eso. ¿Significa que no me acompañarás a la *Black Gala* dentro de veinticuatro

horas?

– Lo olvidé...– digo confundida–.

– Perfecto.

– ¡Ahí estaré! ¿A qué hora es?

Doy una mordida al tempura mientras escucho distraída las explicaciones del « hombre ideal » (para usar una expresión de mi querido Darren, que quizá tiene más esperanza en esta relación que el mismo Milo). Volteo la mirada hacia la derecha, ahí donde Nils está sentado, con las piernas abiertas, los codos sobre las piernas, respondiendo a las llamadas de sus muchachos. Intento olvidar todas las ideas locas e inolvidables que pasan por mi cabeza.

El vikingo... está comiéndome, a mí...

Me abanico con la tarjeta de invitación en la mano, esperando que mi maquillaje no se esté derritiendo. El aire acondicionado funciona dentro del auto pero acabo de sentarme aquí y no he logrado aún bajar la temperatura.

– Hace mucho calor para un primero de marzo, Miss Cox– me sonrío Ted, levantando su gorra– ¡Casi estamos a treinta grados!

Su cabello está completamente pegado a su cráneo debido al sudor. Asiento con la cabeza y suspiro de tranquilidad al sentir que el aire acondicionado está funcionando. Mi guardia nos alcanza en el auto y Ted puede arrancar.

– Voy a dejarte respirar un poco, esta noche– me previene Nils después de darle la dirección al chofer–. Habrá tantas celebridades en el lugar que la seguridad será extrema.

– ¿Estás siendo amable conmigo?

– No. Sólo soy bueno en lo que hago.

– Y además sencillo...– sonrío mientras jalo mi vestido negro–.

– Ya contacté al organizador– agrega como para ignorar mi último comentario–.

Nils pasa la mayor parte del trayecto escribiendo en el teclado de sus dos teléfonos y cuando levanta la cabeza, lo hace para mirarme con desconfianza:

– ¿Hay algún problema?

– Ninguno– respondo sonriendo–.

– ¿Por qué me miras así?

– Porque traes puesto un traje negro.

– Es una noche de gala. ¿Qué tiene?

– Pues... Te ves... Mmmm... Te ves... Bien...–digo sonrojándome estúpidamente–.

– Gracias– responde reprimiendo una sonrisa (pero no lo logra) –.

Volteo mis mejillas enrojecidas hacia la ventanilla y me insulto internamente «¡¿Te ves... Mmmm... Te ves... Bien»?! Idiota. Era suficiente si decías « Dentro de cuatro horas voy a pasarla bien. Con tu traje negro. O más bien sin él. » En cambio le hice un gran cumplido y él a mí no. Qué grosero.

– ¿No tienes otra cosa que responder? –pregunto de pronto mientras cruzo mis piernas desnudas–.

– Tu vestido es muy corto– dice sin quitar la mirada de su teléfono–.

– ¡¿Perdón?!

– Tu – vestido – es – muy – corto–repite con su voz de ultratumba–.

– ¿Y eso te incumbe?

– Tu seguridad es mi prioridad. Habría preferido que no llamaras tanto la atención, esta noche.

Con ese vestido será imposible.

– Voy a dejarlo así y pensaré que ese fue un cumplido escondido entre tus palabras...– lo molesto–.

Se hace un silencio. El auto pasa sobre un tope. Nils ajusta su corbata.

– Es difícil que una chica se vea más guapa que tú, Valentine– murmura de pronto, mirando frente a él, como para evitar mi mirada–.

Pero no puede evitar que yo vea su mirada traviesa.

OK... Respira... ¡Dijimos que respiraras!

¡Necesito un extintor!

Milo está esperando impaciente, deambulando por la alfombra roja para recibirme a la salida del auto... al igual que Aïna que, desesperada, da pequeños saltos cerca de él. Cuando veo a la traidora abalanzarse sobre mí con su vestido de noche, me volteo hacia Nils y me doy cuenta de la trampa que me tenía preparada:

– Felicidades, señor soplón– sonrío al apuesto vikingo antes de besar a mi mejor amiga–.

Aïna casi me asfixia al abrazarme frente a los flashes de los fotógrafos.

– ¡Quería sorprenderte! –ríe Aïna–. ¡Gracias *sexyguard!*

– Tengo nombre – suspira el coloso al marcharse de la *red carpet*–.

– Y yo tengo una cita con la mujer más bella de la noche –exclama Milo, tomándome de la cadera de una forma ultra posesiva–.

Aïna entiende el mensaje y retrocede algunos pasos. Milo dirige su más bella sonrisa y su mirada más perfecta a los fotógrafos. Me está abrazando tan fuerte que casi no me deja respirar. Intento hacérselo saber discretamente pero me ignora.

– ¡Con cuidado, De Clare! –gruñe Nils que está a cinco metros de distancia–.

– ¿Acaso no va a cerrar el hocico el perro guardián? –murmura mi caballero, tomando más fuerte a su presa–.

– Suéltame, Milo, me lastimas.

– Espera algunas fotos más.

– ¡Suéltame si quieres conservar tu virilidad intacta! –respondo en voz baja, por fin librándome de él–.

Tomo la mano de Aïna y hago señas a Nils para decirle que ya es tiempo de que entremos en la gran sala tapizada de negro. Él no pone ninguna objeción. Este cambio en el programa parece convenirle. Nils asiente con la cabeza y luego camina algunos metros delante de mí, sin poder evitar observar a cada persona que me dispongo a pasar.

Sin embargo, lo último que falta en este lugar son más guardias. Milo me alcanza en el pasillo e intenta disculparse. Yo le digo que se aleje y también que esta noche tendrá que olvidarse de mí.

– ¡Eres mi pareja! – se opone Milo–.

– ¡Qué vas a hacerle, ella ya encontró algo mejor! –sonríe Aïna hablando de ella misma– ¡Alguien que no va a romperle las costillas!

– ¡Tengo algo que decirte! Es importante – insiste, ignorando a mi amiga–.

– Milo, debes de parar de ser tan posesivo – digo tranquilamente– Eso sólo me provoca ganas de huir...

Contrariado, el moreno guapo renuncia y da media vuelta. Nils se aleja también para darme un

poco más de libertad, después de echar un último vistazo para asegurarse de que todo está bajo control. Acepto una copa de champán. Aïna empieza la noche bebiendo Vodka y luego comenzamos nuestro descubrimiento de todas esas personas guapas e importantes que se vistieron de negro para venir a ayudar a los más desfavorecidos. Deslizo un gran cheque con el nombre del grupo Cox por la ranura del cobre cerrado. Luego, me pongo a jugar a esconderme de Milo y de Darren, haciendo como que hablo con un tal Tim (un presentador de televisión de un canal que está teniendo éxito), luego con una tal Heather (que creo haber visto antes en una vieja serie de televisión). Aïna está hablando de ecología por todos lados (sobre todo con las personas a las que no les importa el tema) y dirige miradas coquetas al barman musculoso.

El ambiente es agradable en la gran sala alumbrada por inmensos candelabros brillantes. Una música suave envuelve las decenas de voces que se entrecruzan y los choques de las copas de champán Grand Cru que se vacían. Sigo sorprendida por la elegancia de este tipo de veladas de caridad. Se supone que quieren recaudar fondos en vez de gastarlos.

Busco constantemente a Nils con la mirada y siempre lo encuentro hablando seriamente con personas asombrosas. Parece que muchas celebridades lo conocen y lo aprecian. Personas de la crema y nata. Algunos son políticos y millonarios, como Charles d'Orléans, alias Charlie, por ejemplo, un diplomático de sangre real de una belleza extraña y angelical que yo había visto en compañía de mi padre. Los dos hombres parecen ser muy cercanos, pues se saludan calurosamente.

Los dejaré adivinar quién de los dos es más fuerte cuando se tocan...

Aunque... Depende con quién...

– Ven. ¡Vamos a ver a tu hombre! –decreta Aïna después de que el barman ocupado la ignoró–.

– No tengo ganas de hablar con Milo– declaro antes de vaciar mi copa–.

– ¡Estoy hablando de Nils, chica mala!

– Tampoco con él– río mientras siento que el alcohol empieza a subir a mi cabeza–.

El vikingo escoge este instante para interrumpirnos mientras me mira de manera extraña.

– Quizá tendrías que consumir algo, Valentine...

– ¡Ya lo hice! –contesto sonriendo y levantando mi copa–.

– Me refiero a algo que se *coma*– dice suspirando y haciendo una seña al mesero–.

La charola de los bocadillos llega a las manos de mi guardia, luego a las mías y no tengo otra opción más que alimentarme con blinis de caviar. Nils sonrío mientras me mira masticar.

– Actuaste muy bien con De Clare...–me murmura– Aunque, personalmente, yo sí le habría quitado la posibilidad de tener hijos algún día–.

– ¡Más caviar!

Me sobresalto y reconozco al famoso Charlie, a algunos metros de distancia, que llega con nosotros, mirando con antojo nuestros blinis.

– Adelante– le sonrío acercándole la charola– Mi nombre es...

– ¡Valentine Cox! Conozco a su padre...

– Valentine Laine-Cox– preciso riendo cuando besa mi mano–.

– No sabía que Nils tenía amistades tan... hermosas– continúa el aristócrata de la sonrisa contagiosa, mientras me mira por completo y luego a Aïna–.

– El placer es nuestro– bromea mi amiga, improvisando una reverencia que parece más bien un tropezón–.

– ¿No tienes un trono que reconquistar, Charlie? – balbucea Nils, mirando al cielo–.

– ¡Eriksen! –resuena otra voz masculina–. ¿Qué estás haciendo aquí?

Volteo de nuevo y descubro a Roman Parker. Conozco su reputación. Si recuerdo bien, es quien

hizo al « joven y misterioso millonario, súper guapo que tiene un pasado muy oscuro ». En otras palabras: « es la perfección en persona ». Al menos es lo que dicen los títulos de las revistas, no yo.

En verdad tengo que dejar de leer las revistas de espectáculos en el dentista...

Mientras Aïna y Charlie se van en busca de la enésima copa de champán, Roman empuja afectuosamente al vikingo con un golpe de hombro y luego los dos hombres se estrechan fuerte y virilmente las manos.

– Valentine, te presento a Roman Parker. Él forma parte de los organizadores de esta velada. Roman, ella es la princesa que está en mis manos...

– Valentine Laine-Cox– digo estrechando la mano del millonario–. Lamento lo que dice mi guardia. No está acostumbrado a convivir con las personas. Aún le faltan algunas horas de formación en relaciones personales...

– ¿Algunas horas? ¡Qué generosa es usted! –bromea Parker–.

– Voy a buscar algo para relajarme–gruñe Nils, alejándose–.

Sigo su gran cuerpo con la mirada y luego veo a lo lejos a Aïna que sigue acompañada de Charlie d’Orléans, satisfecho por el caviar y ahora se ve enamorado de mi mejor amiga. A pesar de mi gran curiosidad, mi mirada se concentra de nuevo en Nils. ¿Hay alguien más...?

– No es fácil tratar con él pero es el hombre más leal que conozco – me confía Roman siguiendo él también con la mirada al coloso–.

– Aparentemente, tiene amigos que le tienen mucho afecto. Esa es una buena señal – digo mientras lo observo y aprendo poco a poco a conocerlo...–

Nos miramos por un rato, el multimillonario y yo, y sonreímos.

– Me sorprende que tenga tiempo para cuidar de usted y para ocuparse de todo lo demás– añade–.

– SAFE le demanda mucho tiempo, pero creo que sabe arréglaselas.

– Sí, es un apasionado del trabajo. También trabaja de noche, en nuestro negocio de curaciones de urgencia. Nos está yendo muy bien... ¡La demanda no para!

– Nils Eriksen, ¿un hombre de negocios? – murmuro, como para persuadirme de eso.

– Nuestro amigo está lleno de sorpresas, Miss Cox. Y en mi opinión, usted aún no ha terminado de sorprenderse...

Me muero por hacer un millón de preguntas, pero una pelirroja muy bonita nos aborda y repentinamente besa a Parker.

– Amy, mi encantadora mujer que marca su territorio – ríe Roman, al presentármela (y de paso tocándole las nalgas) –.

– Encantada – digo estrechándole la mano– Yo soy...

– Mi pequeña protegida – interviene Nils, lleno de ironía, antes de besar a Amy en la mejilla–.

– Ahhh... La famosa – sonrío la pelirroja–.

– ¿La famosa qué?

– Eso rima con « osa »– sonrío el vikingo (al que muero de ganas de abofetear) –.

Los tres amigos conversan por algunos minutos sin que yo logre sacarme algunos pensamientos de la cabeza. Si Nils se gana la vida con tanta facilidad, ¿por qué se empeña en ser mi guardia? ¿Por qué poner en riesgo sus otras actividades, mucho mejor remuneradas (y sin ninguna duda más interesantes)? ¿Por qué obligarse a vivir bajo el mismo techo que yo, privándose de su propio mundo?

Trato de poner mi cerebro en off pero es imposible. Da vueltas, divaga, hecha humo. Dos minutos más tarde, estoy casi convencida de que Nils está enamorado de mí pero que una enfermedad mortal impide que me lo confiese. Estoy exagerando. Estoy diciendo cosas del tipo: « eso no pasa más que

en las películas ». Este delirio solo me dura treinta segundos.

Lo miro, con ese traje negro y con su increíble sonrisa dibujada en los labios.

Si sigo así, voy a encenderme...

¡El misterio de Nils deberá esperar un poco más. Ahora, debo encontrar a Aïna y beber un gran vaso de agua!

Me voy de mi contemplación y termino por dejar al grupo, disculpándome educadamente para ir en búsqueda de Aïna. Cerca de la orquesta, encuentro a Charlie.

– ¿No ha visto a mi amiga? ¿Sabe dónde...

– Desafortunadamente se me escapó de las manos – suspira el joven hombre– Creo que conoció a algunos empresarios suizos. Estaban interesados en la explotación moderada del palo de rosa, o algo así. Los escuché hablar de perseguir traficantes...

– Ya veo, gracias. ¡No es fácil ganar frente al palo de rosa! – sonrío buscándola con la mirada–.

Al fin la encuentro después de cinco minutos de búsqueda, en medio de un círculo de una decena de hombres y mujeres que beben sin hablar. Puedo adivinar que está contando nuestro secuestro, diciendo los detalles más terribles... Así es Aïna: o se adora o se detesta.

– ¿Valentine?

Una mano familiar se posa sobre mi hombro. Volteo a ver y descubro a Milo frente a mí, con una sonrisa maliciosa en los labios.

– Otro día hablaremos, Milo–.

– No es lo que tú crees – insiste colocando su vaso vacío sobre una charola que pasa– ¡Otro, *on the rocks!*

– Milo...

– ¡Escúchame ! Contraté a un detective privado...

– ¿Un detective? ¿Y qué más? ¿Vas a decirme que instalaste cámaras de seguridad en mi casa? Comienzas a asustarme...

– ¡No es por ti, sino por tu Nilsen!

– Eriksen – digo suspirando– ¿Y qué más?

– Tienes que despedirlo, Valentine. Lo más pronto posible... ¡Es lo que he estado tratando de decirte desde hace rato! Este tipo es peligroso.

El dandy afloja su corbata fina color negro y me mira sonriendo. Parece estar un poco tomado y muy orgulloso de sí mismo. Quizá demasiado.

– No tengo toda la noche, Milo...

– Te dije que yo te protegería.

– ¡¿Qué es lo que averiguaste?!

– Al parecer a tu gorila le gustan mucho las mujeres ricas. No eres la primera presa en su vida...

Aprieto los puños. ¡¿Acaso en todo este tiempo Nils me ha estado utilizando?!

– ¿Estás seguro de lo que dices?

– Mi detective es un profesional, Valentine. Si te lo digo ahora es porque tengo las pruebas.

Tengo unas ganas furiosas de llorar. Debí haberme dado cuenta de que no era para mí. Sólo pensé en mis rescates brutales, en que mi mamá lo adora y en el golpe en la cara de Pascal... ¿Cómo pude imaginar que un hombre como él no estuviera interesado en mi fortuna?

– Sólo que la última vez las cosas terminaron mal– continúa Milo– *Muy mal.*

– ¿De qué hablas? –digo temblando–.

El mesero regresa con una copa para Milo. Un escalofrío recorre mi cuerpo. Miro a mi interlocutor mientras moja los labios en el líquido color ámbar. Mi cabeza intenta ordenar la

información que acabo de recibir. Los ruidos a mi alrededor desaparecen y la multitud se borra.

–¿Algún problema?

Tiemblo cuando reconozco la voz ronca del vikingo. Y, de inmediato, siento el calor de su mano sobre mi nuca.

– ¡Largo de aquí, sicópata! –contesta el dandy, interponiéndose entre nosotros, para protegerme–.

Sin impresionarse ni un poco, Nils ríe al ver a Milo inflar el pecho.

– De Clare, deja de beber y ve a tu casa.

– ¡Ella tiene que saber la verdad!

– ¿Cuál verdad? –pregunto al fin con una voz débil–.

Roman Parker se acerca también, probablemente alertado por nuestros gritos ahogados.

– Las herederas son tu especialidad, ¿no, Eriksen?

– No sabes de lo que hablas...– gruñe Nils con un aire amenazador– Vuelve a casa a jugar con tus bonitos autos.

Sus palabras son afiladas como cuchillos. Ya lo había visto enojado, pero nunca como ahora. Estudio su cara, su mirada, su lenguaje corporal y hay algo que me perturba. Mis ojos se posan sobre Roman Parker y de inmediato siento su molestia.

– Qué extraño que la última esté muerta... – continúa mi ex–. Fue asesinada. Es una oscura historia de dinero, ¿no es así?

– ¿Qué? –me estremezco–.

Inhalo y exhalo e intento no entrar en pánico. Milo es un hombre honesto, jamás me ha mentado hasta ahora, pero... Nils, ¿un asesino?

–¿Qué le sucedió a esa mujer? –preguntó de pronto a mi guardia, temblorosa–.

– La cabaña se incendió –me responde Nils sin mostrar ninguna emoción–.

– ¿Y? –insisto–.

– Y tú no tienes por qué saber el resto de la historia... – responde fríamente–.

El vikingo lanza una última mirada furiosa a Milo y luego decide que es hora de desaparecer. Seguido de Roman, se da la vuelta y se dirige a la salida.

– ¡Valentine, abre los ojos, por dios! ¡Ni siquiera intenta negarlo! ¡Le abriste la puerta a este tipo y le estás confiando toda tu vida, sin saber nada de él!

Mis ojos siguen a Nils mientras se aleja. Tan intenso y carismático. Ahí va el hombre en quién confiaba ciegamente. Ahora mismo, ya no lo sé. Ya no estoy segura de nada.

Continuará...

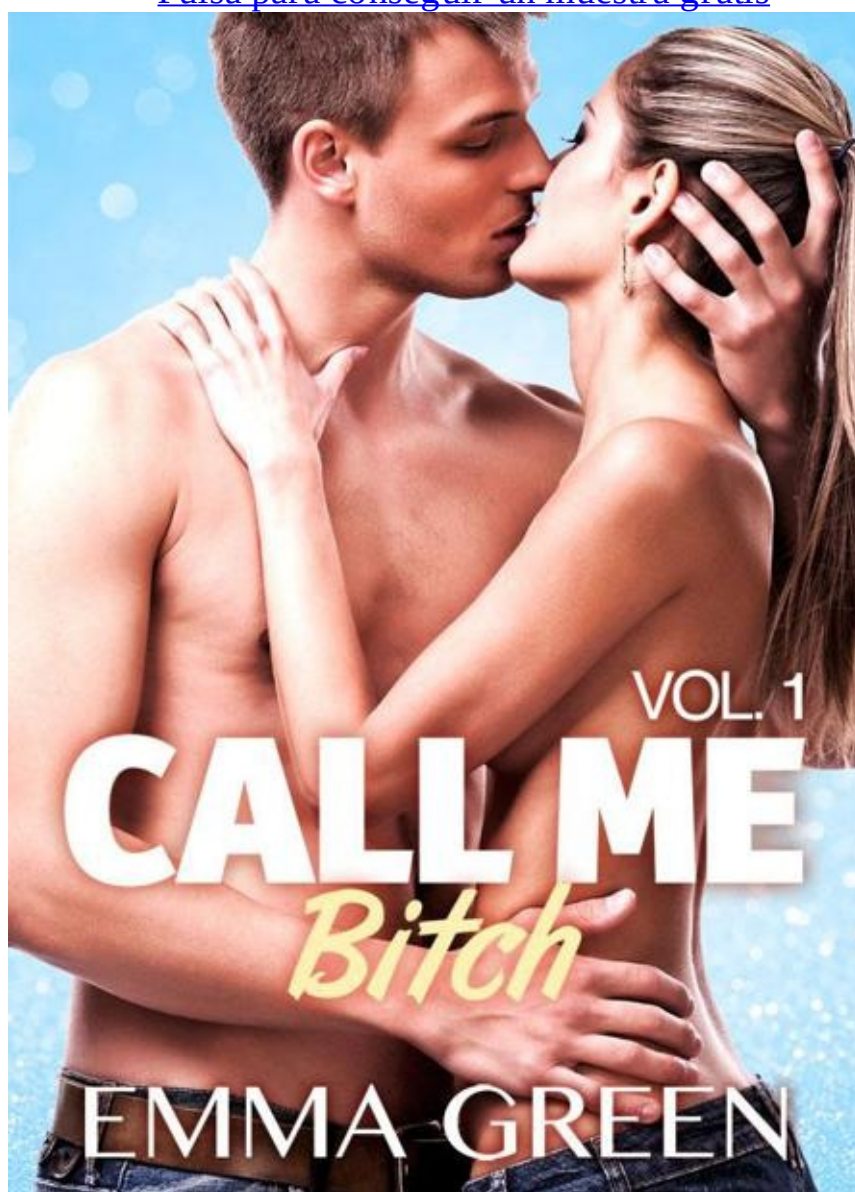
¡No se pierda el siguiente volumen!

En la biblioteca:

Call me bitch

A Jude Montgomery, el irredimible dandi millonario, y a Joséphine Merlin, la guapa habladora de mal carácter, se les confía el cuidado de la pequeña Birdie: una princesa de tres años, cuyo adinerado padre, Emmett Rochester, se divierte de lo lindo en las Bermudas con su chica. ¿Será un lindo engaño montado para reunir al mejor amigo de uno y a la hermana gemela de la otra? Si solamente... Ponga en una residencia londinense a los peores niños del planeta y los mejores enemigos del mundo, agregue una horrible niña mimada y deje cocer a fuego lento durante dos semanas. ¿El plan más desastroso del universo o la receta para una pasión condimentada, con justo lo que se necesita de amor, odio, humor y deseo?

[Pulsa para conseguir un muestra gratis](#)



En la biblioteca:

¡Tú te lo buscaste! - 4

Tengo 24 años, un padre tiránico y un imperio babilónico que administrar. Mi fortuna colosal y mi lindo trasero hacen de mí el mejor partido en Los Ángeles. Si sonrío, todos desfallecen. Si ordeno, obedecen. Pude haberme llamado Mike, John o William, pero mis cromosomas decidieron otra cosa. Entonces me llamo Valentine Cox, soy una mujer que debe imponerse en un mundo de tiburones, y nada ni nadie se resiste a mis encantos.

Al menos hasta la llegada estrepitosa de Nils Eriksen, quien me salvó la vida, convirtiéndola en un caos improbable. Sin cesar, nuestros destinos coinciden, entorchocan, se mezclan, se entrelazan, y nuestros cuerpos sólo quieren imitarlos...



© EDISOURCE, 100 rue Petit, 75019 Paris
July 2016
ISBN 9791025732021